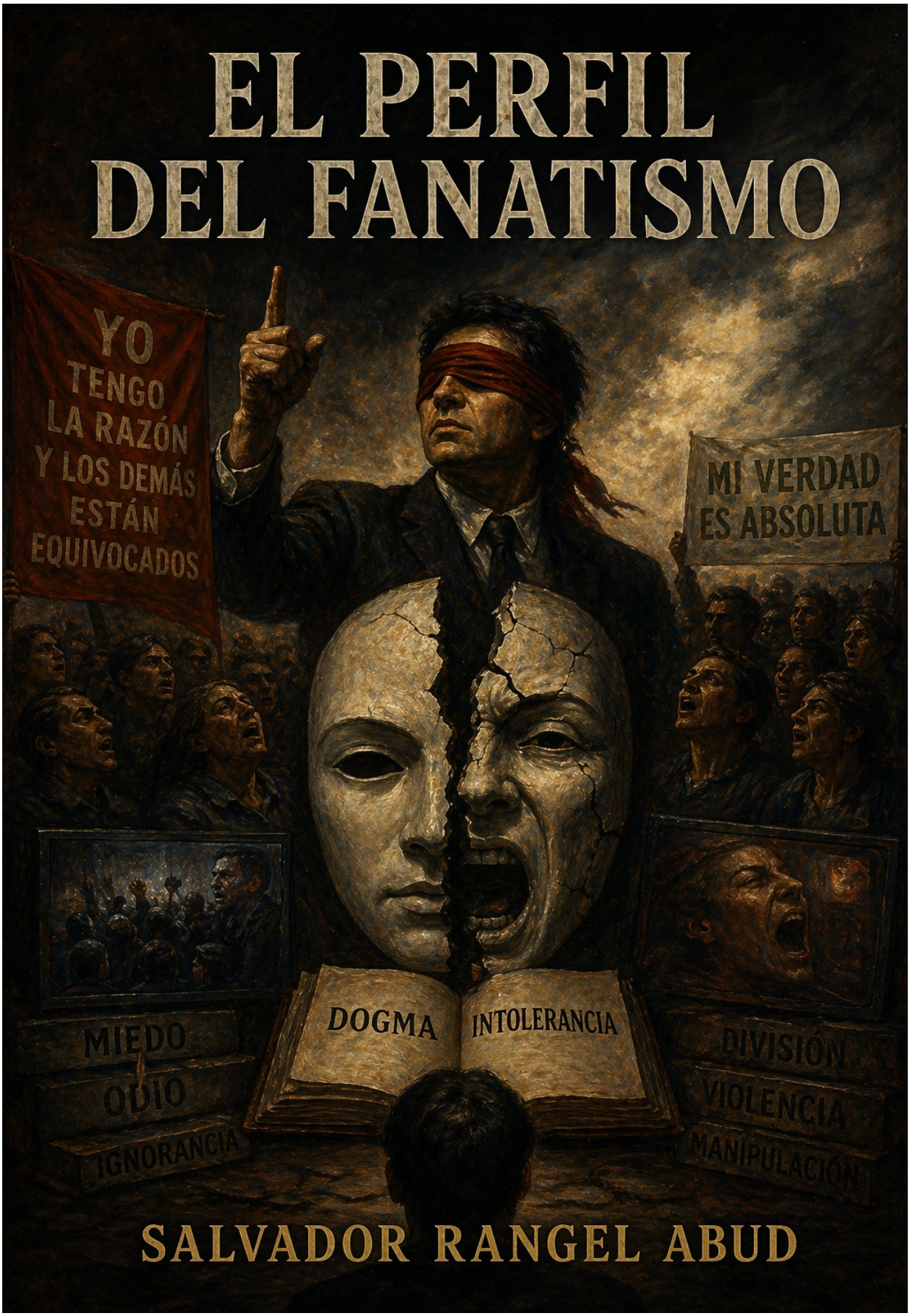
EL PERFIL DEL FANATISMO
YO TENGO LA RAZÓN Y LOS DEMÁS ESTÁN EQUIVOCADOS
MI VERDAD ES ABSOLUTA
DOGMA
INTOLERANCIA
MIEDO
ODIO
IGNORANCIA
DIVISIÓN
VIOLENCIA
MANIPULACIÓN
SALVADOR RANGEL ABUD

NOTA DEL AUTOR:

Todo lo que usted está a punto de leer es una obra de ficción. Una fantasía literaria. Una alucinación autorizada. Los personajes no existen, aunque usted jure haberlos visto en la mañanera, en la oficina de gobierno, en la fila del cajero o en su grupo de WhatsApp.

Cualquier parecido con personas reales es mera coincidencia... o culpa de la realidad por parecerse tanto a la sátira.

Este libro no busca difamar a nadie en particular —sería imposible, hay demasiados candidatos—, sino retratar arquetipos de la complicidad nacional. Si usted se siente identificado, no lo demande: mejor revísese.

Aquí no se acusa, se caricaturiza; no se calumnia, se retrata; no se difunde odio, se expone el absurdo. Todo bajo el sagrado manto de la libertad de expresión, el derecho al humor y la desesperada necesidad de no volverse loco en un país donde a veces, reír es el último acto de cordura.

Este autor no se hace responsable de efectos secundarios como escozor moral, náuseas ideológicas o comezón de conciencia. Consulte a su honestidad antes de sentirse ofendido.

Y recuerde: el que se pica, pierde.

Salvador Rangel Abud

El perfil del fanatismo

Salvador Rangel Abud

SINOPSIS

"Este trabajo es un espejo sin piedad. No de esos que deforman el rostro en una feria, sino uno que revela, con precisión quirúrgica, el alma gangrenada de una nación que aprendió a aplaudir mientras se desangraba."

¿Quién sostiene a un régimen fallido? No el dictador, no el caudillo, no el burócrata de alto rango. Lo sostienen los de siempre: el inepto agradecido porque por fin tiene escritorio propio, el corrupto acomodado que encontró en la democracia del saqueo su lugar natural, el criminal intocable que negoció la paz laboral perfecta, el ignorante televisivo que por primera vez siente que alguien lo nombra, el resentido vengador que cobra con creces décadas de humillación, el burócrata tembloroso que aplaude por pura supervivencia, el periodista cooptado que se vendió sin que nadie lo forzara, el despolitizado mimético que no sabe por qué aplaude pero aplaude, el fanático mesiánico que cambió la razón por la fe, el pragmatista del desastre que convierte cada crisis en negocio, y el mexicano amenazado que aplaude con las manos temblorosas porque sabe lo que pasa si no lo hace.

Once monólogos. Once radiografías del alma. Once confesiones arrancadas sin anestesia de los arquetipos que construyen, sostienen y justifican a cualquier régimen que los necesite para mantenerse en pie.

El perfil del fanatismo no es una novela de personajes: es una autopsia de la complicidad nacional. No acusa al poder: lo desnuda mostrando quiénes lo visten cada mañana. Y al terminar, la pregunta no es quiénes son ellos. La pregunta es cuántos de ellos eres tú.

ADVERTENCIA DE CONTENIDO

Esta obra contiene lenguaje crudo e impiadoso, monólogos de una honestidad que incomoda, retratos de la corrupción, la cobardía y el fanatismo que no buscan comprensión sino reconocimiento, y un epílogo que interpela directamente al lector sin concederle el alivio de la distancia. No es lectura para quien busca ser consolado. Es lectura para quien puede soportar verse en un espejo sin apartarse. Los arquetipos aquí descritos son ficticios en su forma y absolutamente reales en su sustancia. Si usted se reconoce en alguno de ellos, el autor sugiere, con todo el respeto del caso, que lo piense antes de demandar.

SOBRE EL AUTOR

Salvador Rangel Abud es médico cirujano, especialista en salud pública, maestro en administración de hospitales y doctorando en ciencias, además de escritor aficionado.

DETALLES DE PUBLICACIÓN

Título: El perfil del fanatismo

Subtítulo: Los que aplauden un régimen fallido. Crónica literaria de la complicidad mexicana

Autor: Salvador Rangel Abud

Género: Crónica literaria / Sátira política / Ficción de arquetipos

Extensión: novela breve

Estructura: Prólogo + 11 monólogos + Epílogo + Mensaje final

Ambientación: México contemporáneo

Idioma: Español

Año de publicación: 2025

Plataforma: Internet Archive — Acceso abierto

Contacto: wrangel.1352@gmail.com

NOTA DEL AUTOR

Escribí este libro porque estaba harto de que los análisis políticos hablen siempre del poder y casi nunca de quienes lo hacen posible. Los tiranos no gobiernan solos. Los regímenes fallidos no se sostienen en el aire. Los necesitan a ellos: a los once arquetipos que aquí confiesan, con una honestidad que ningún analista les atribuiría, exactamente por qué aplauden. Quise darles voz no para comprenderlos sino para exhibirlos. No para justificarlos sino para que se vean. Y para que el lector, al verlos, se pregunte dónde está él en ese retrato. Porque la complicidad rara vez se llama a sí misma con ese nombre.

LICENCIA

Esta obra se publica bajo la licencia Creative Commons:

Salvador Rangel Abud © Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

Usted es libre de compartir y distribuir esta obra en cualquier medio o formato, siempre que se otorgue crédito apropiado al autor, no se utilice con fines comerciales y no se generen obras derivadas sin autorización expresa. Más información: creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0

PALABRAS CLAVE

fanatismo político · complicidad · México · obradorismo · arquetipos · sátira política · crónica literaria · populismo · corrupción · cobardía cívica · democracia · régimen fallido · monólogo · conciencia colectiva · responsabilidad ciudadana

TEMAS PRINCIPALES

La obra no analiza al poder sino a quienes lo sostienen, convirtiendo en protagonistas a los once arquetipos de la complicidad mexicana contemporánea. A través de once monólogos en primera persona, *El perfil del fanatismo* examina las motivaciones íntimas —el resentimiento, el miedo, el oportunismo, la ignorancia deliberada, la fe irracional, la supervivencia burocrática— que llevan a ciudadanos comunes a convertirse en pilares de un régimen que saben fallido. El libro plantea que el verdadero problema de las democracias enfermas no es el líder sino la masa que lo necesita, y que la complicidad no siempre nace de la malicia sino del vacío, del agravio histórico no resuelto, del miedo a perder lo poco que se tiene, o de la simple pereza de pensar. El epílogo cierra el círculo interpelando directamente al lector: no como observador sino como sospechoso.

CITAS DESTACADAS

"Este régimen no se sostiene solo. Se mantiene erecto porque millones de cobardes, mediocres, resentidos y oportunistas lo cargan sobre sus espaldas jorobadas."

"No me importa si destruimos el país. Yo nunca tuve país. Tenía hambre, tenía deudas, tenía humillaciones."

"El resentimiento es la única justicia que hemos conocido. La venganza es la única revolución que hemos podido hacer."

"Aplaudo cuando el presidente dice que México está mejor que nunca mientras veo las cifras reales de pobreza."

"Yo prefiero creer en una mentira que me dignifica que aceptar una verdad que me humilla."

"No fue la política lo que nos destruyó. Fue la necesidad desesperada de creer en algo. En alguien. En cualquier cosa que diera sentido al vacío."

"México no fue destruido por sus enemigos. México fue destruido por gente como tú."

"La historia no perdona a los cobardes. Y tú ya no tienes excusas para serlo."

COMPARACIONES LITERARIAS

Los lectores familiarizados con las siguientes obras encontrarán en ***El perfil del fanatismo*** un territorio narrativo cercano, con el filo político y la urgencia moral que le son propios.

Hannah Arendt (***Los orígenes del totalitarismo***): la disección del papel de la masa en la construcción y sostenimiento de los regímenes autoritarios, y la idea de que la banalidad del mal no reside en los monstruos sino en la gente común que no se hace preguntas.

Günter Grass (***El tambor de hojalata***): la sátira de la complicidad social ante el autoritarismo, narrada desde el interior de los personajes que la ejercen, con una crudeza que no concede coartadas.

Elena Poniatowska (***La noche de Tlatelolco***): la construcción de un retrato colectivo mediante voces múltiples que, en conjunto, revelan lo que ninguna voz individual podría decir sola.

PREGUNTAS PARA DISCUSIÓN

De los once arquetipos, ¿cuál considera usted más peligroso para una democracia, y por qué?

¿Puede el resentimiento histórico legítimo convertirse en justificación de la complicidad con el autoritarismo? ¿Dónde está la línea?

El burócrata tembloroso dice que aplaude por sobrevivencia, no por convicción. ¿Eso lo hace menos cómplice?

¿Qué distingue al fanático mesiánico del ciudadano que simplemente tiene esperanza en un proyecto político?

El epílogo interpela directamente al lector. ¿Le parece que esa interpelación es justa, o es una generalización injusta?

¿Puede una sociedad recuperar su capacidad crítica después de haber normalizado la complicidad durante años?

CÓMO CITAR ESTA OBRA

APA: Rangel Abud, S. (2025). El perfil del fanatismo. Internet Archive. https://archive.org

MLA: Rangel Abud, Salvador. El perfil del fanatismo. Internet Archive, 2025.

Chicago: Rangel Abud, Salvador. El perfil del fanatismo. Internet Archive, 2025.

OTRAS OBRAS

Salvador Rangel Abud es autor de más de ciento setenta novelas publicadas. Su obra abarca el thriller científico, la novela histórica, la ficción especulativa, la sátira política, la crónica costumbrista, la fábula ética, el drama psicológico, el thriller médico de denuncia, la novela genealógica, la ficción contrafactual, la novela cívica de imaginación democrática, la sátira

onírica y —como demuestra esta entrega— la crónica literaria de arquetipos con vocación de autopsia social.

Todas sus obras de acceso abierto se encuentran disponibles en Internet Archive bajo licencia CC BY-NC-ND 4.0. Para solicitudes de reseña, colaboración editorial o derechos de traducción, contactar directamente al autor por correo electrónico.

MENSAJE FINAL

Los tiranos no son el problema. Los tiranos siempre han existido y siempre existirán. El problema es que alguien los aplaude. Alguien les abre la puerta. Alguien les firma los documentos. Alguien les dice que tienen razón. Alguien les perdona los fracasos. Alguien los defiende ante los que preguntan. Alguien los necesita.

Este libro es un retrato de ese alguien. Y la pregunta que deja sobre la mesa no es quién gobierna. Es quién lo permite.

Esa pregunta no tiene respuesta cómoda. Pero tiene respuesta.

INDICE

Prólogo
La ovación del abismo
El Inepto Agradecido
El Corrupto Acomodado
El Criminal Intocable
El Ignorante Televisivo
El Resentido Vengador
El Burócrata Tembloroso
El Periodista Cooptado
El Despolitizado Mimético

El Fanático Mesiánico
El Pragmatista del Desastre
El Mexicano Amenazado
Epílogo
Mensaje para los representantes de los distintos arquetipos

LOS QUE APLAUDEN UN REGIMEN FALLIDO

(Crónica literaria de la complicidad mexicana)

Prólogo: La ovación del abismo

Este trabajo es un espejo sin piedad. No de esos que deforman el rostro en una feria, sino uno que revela, con precisión quirúrgica, el alma gangrenada de una nación que aprendió a masturbarse mientras se desangraba.

No es una sátira —aunque duela más que el humor negro—. No es un panfleto —aunque queme más que el ácido—. No es una novela —aunque los personajes sean tan grotescos que parezcan salidos de la pesadilla más perversa—. Es, ante todo, una autopsia. Un bisturí oxidado que corta sin anestesia las capas podridas de justificación, ignorancia cultivada, resentimiento purulento, oportunismo viscoso y cobardía metastásica que sostienen al régimen más destructivo y patéticamente inepto que ha parido nuestra democracia suicida.

Aquí desfilan los arquetipos del colapso moral: el inepto orgulloso de su mediocridad, el fanático que vomita mesianismo, el corrupto que defeca sobre la patria, el criminal que se cree empresario, el ignorante que celebra su estupidez, el resentido que eyacula venganza, el burócrata que se orina de miedo, el periodista que se prostituye por migajas, el zombi

despolitizado que imita gestos sin alma, y el pragmatista que negocia con el diablo. No son caricaturas; son radiografías de la putrefacción nacional. Voces que escuchamos infectando el aire todos los días —en el transporte, en la oficina, en la sobremesa, en los chats, en las mañaneras—.

Este régimen no se sostiene solo. Se mantiene erecto porque millones de cobardes, mediocres, resentidos y oportunistas lo cargan sobre sus espaldas jorobadas, no por convicción ideológica, sino por necesidad patológica, miedo ancestral, odio incubado, venganza masturbada, indiferencia criminal o cinismo terminal. No es un régimen fallido; es un régimen funcionalmente perfecto... para los parásitos que encontraron en él la justificación definitiva para su mediocridad, su ambición microscópica, su ignorancia militante y su miseria espiritual.

Este trabajo no busca redimir a nadie. Los cómplices no merecen redención. Los fanáticos no entienden razones. Su intención es más brutal: dejar constancia histórica. Grabar con letras que cortan como cuchillos sin filo el retrato de una sociedad que no solo dejó de aspirar a la verdad, sino que se revolcó, con orgasmo colectivo, en la comodidad narcótica de la mentira. Una sociedad que vendió su libertad por migajas mohosas de poder, su dignidad por cuotas de servilismo, su ciudadanía por el derecho a aplaudir como focas amaestradas.

Cada monólogo aquí es una confesión arrancada del alma. Un testimonio que, leído en conjunto, no acusa al régimen... lo desnuda hasta los huesos. Lo exhibe como lo que es: un cadáver político sostenido por gusanos. Porque los tiranos no nacen en el vacío ni caen del cielo. Son paridos, amamantados, criados y legitimados por aquellos que, por acción directa o por omisión cobarde, les aplauden hasta con las vísceras podridas mientras el país se consume en sus propias llamas.

Este trabajo es, entonces, una advertencia que llega tarde. Pero también es una lápida prematura. Un epitafio anticipado para una era de simulación industrial, cobardía sistémica y servilismo genético que, si no termina ahora, no dejará ni los cimientos del país que nuestros hijos merecían heredar.

Quien lea esto sin que le tiemble el alma, ya está muerto por dentro.

Quien se reconozca en estas páginas y no sienta la náusea de la vergüenza, ya está condenado sin remedio.

Quien termine de leer esto y aplauda, confirma que pertenece al bestiario que aquí se describe.

Y quien no aplauda al terminarlo, quizás —solo quizás— aún conserve algo de lo que alguna vez llamamos humanidad.

Porque al final, esto no es un trabajo sobre política. Es un trabajo sobre la degradación del alma humana cuando se enfrenta a la elección más simple de la historia: conservar la dignidad o venderse por aplausos.

La mayoría eligió aplaudir.

Este trabajo es su certificado de defunción moral.

Y el epitafio de un país que se suicidó con sonrisas.

El Inepto Agradecido

¿Yo? ¿Por qué aplaudo? ¿Por qué no habría de hacerlo? Jódanse todos los que critican.

Mira, yo antes era nadie. Menos que nadie. Un cero a la izquierda con zapatos rotos y sueños pendejísimos. Mi currículum era más flaco que perro callejero: prepa trunca por bruto, un par de cursos en línea que ni terminé, y una colección de empleos de mierda donde siempre fui el que se jodía. Vendí seguros baratos a gente que no los necesitaba, fui capturista de una empresa que quebró, manejé Uber hasta que me asaltaron tres veces, y hasta cargué bultos de cemento por doscientos pesos al día.

Pero luego... llegó la salvación. La Transformación, como le dicen los que saben.

Y no sé cómo —bueno, sí sé: mi primo el lambiscón que anda desde siempre besando nalgas en el Partido de la 4T— me recomendó para un puesto. Me colocaron en un cargo que ni pronuncio bien: "Coordinador de Enlace Territorial para el Desarrollo Incluyente". ¿Qué qué chingados hago? Nada. Absolutamente nada que tenga sentido. Firmo papeles que no entiendo, asisto a reuniones donde todos hablamos de "metodologías transversales" y "enfoques holísticos" sin saber qué significa ni una palabra.

Pero cobro. Cobro más en un mes de lo que ganaba en seis. Tengo escritorio propio, secretaria que me dice "licenciado" —¡licenciado, carajo! — y gente que me tiene que consultar para hacer su trabajo. Yo, que antes me gritaban por pendejo, ahora doy órdenes. Tengo tarjetas de presentación con mi nombre en letras doradas y un teléfono que nunca suena pero que me hace sentir importante.

¿Que no sé redactar un oficio? Me vale madre. Ahí está la secretaria para eso. ¿Que no sé hablar en público? Improviso con palabras rimbombantes que escucho en las mañaneras. ¿Que no tengo ni puta idea de cómo funciona una política pública? Que la diseñe otro cabrón más preparado y yo nada más le pongo mi firma bonita. Total, aquí todos estamos igual de perdidos, pero bien pagados.

Dicen que este gobierno es el peor de la historia. A mí me vale tres kilos de riata. A mí este gobierno me sacó del hoyo donde me tenían enterrado. Me dio lo que nadie me había dado: poder. Poder pinche y chafa, pero poder al fin. Por primera vez en mi vida miserable, la gente me habla con respeto. Por primera vez, mi jefa se siente orgullosa de su hijo. Por primera vez, puedo llegar a un restaurante y no revisar tres veces el menú para ver si me alcanza.

¿Corrupción? Órale, pues. Los de antes se robaban todo y ni las migajas nos dejaban. Ahora por lo menos hay para todos los que estamos en la nómina. ¿Que los hospitales no tienen medicinas? Yo tengo seguro de gastos médicos mayores. ¿Que las escuelas se están cayendo? Mis hijos van a

colegio privado, que se jodan los demás. ¿Que el país se está desmoronando? Mientras mi cuenta bancaria crezca, el país puede irse al carajo.

Y si alguien se atreve a criticar al presidente, yo me pongo como energúmeno. ¿Cómo se atreven estos cabrones? Si no fuera por él, yo seguiría viviendo en un cuarto de azotea, comiendo sopa maruchan y viendo cómo los demás se van de vacaciones. El presidente es mi salvador, mi benefactor, mi papá político. Los otros políticos me cerraban la puerta en la cara antes de que yo pudiera ni tocar. Este me abrió las puertas del paraíso.

¿Que no sabemos gobernar? ¿Y qué? Gobernar es para los que estudiaron en universidades caras y hablan inglés. Nosotros administramos. Administramos los recursos que antes se iban completos a otras manos. Ahora nos toca repartir entre la familia, entre los cuates, entre los que sabemos valorar una oportunidad.

¿Que el país se está yendo a la mierda? Seguro que sí... pero YO ya no estoy en la mierda. Yo estoy arriba, viendo cómo se joden los que antes se burlaban de mí. Cada programa que no funciona, cada política que fracasa, cada escándalo que explota... a mí me da igual. Mientras el cheque siga llegando puntual, mientras mi credencial siga abriendo puertas, mientras mi firma siga valiendo aunque no sepa ni qué estoy firmando.

No me importa si destruimos el país. Yo nunca tuve país. Tenía hambre, tenía deudas, tenía humillaciones. Ahora tengo coche, tengo casa, tengo respeto. Y eso no se negocia. Eso no se devuelve. Eso no se cuestiona.

Por eso aplaudo cada pinche mañana. Con ganas. Con el alma. Con toda la gratitud de un cabrón que por fin está del lado donde llueven las bendiciones. Porque este gobierno me rescató del anonimato, me sacó de la mediocridad, me puso en el mapa.

Y mientras eso no cambie, mientras el teatro siga funcionando, mientras a los ineptos como yo nos sigan necesitando para llenar espacios y justificar nóminas, yo voy a aplaudir hasta que se me caigan las manos.

Porque sé perfectamente que el día que esto se acabe, yo regreso al hoyo. Y eso, amigo, eso no lo voy a permitir. Nunca.

Que se joda el país. Que se joda la eficiencia. Que se joda la honestidad. Yo ya probé lo que se siente estar arriba. Y desde acá arriba, la vista es hermosa.

Aunque abajo esté ardiendo todo... soy como Nerón tocando el arpa mientras Roma se quema... creo que así fue... no estoy seguro porque ni estudios tengo, pero me vale madres.

El Corrupto Acomodado

¿Que por qué estoy con ellos? ¿De verdad me lo preguntas? Porque este gobierno es el mejor negocio que he hecho en mi puta vida.

Déjame explicarte cómo funciona esto, a ver si entiendes. Antes, para robar había que ser elegante. Tenías que usar traje italiano, hablar con diminutivos, tener contactos en el club de golf y apellido de abolengo. La corrupción era un arte fino, exclusivo, para gente "bien". Nosotros, los de clase media jodida, nos quedábamos viendo desde afuera cómo los verdaderos ladrones se repartían el pastel.

Ahora no. Ahora hay democracia en la corrupción. Ahora cualquier cabrón con lealtad puede entrar al negocio. Y yo, que toda mi vida fui un mediocre con aspiraciones, por fin encontré mi lugar en el mundo.

¿Sabes qué es lo más hermoso de este gobierno? Que no necesitas ser sofisticado para robar. Solo necesitas ponerte la camiseta, gritar "¡Viva López!" en los mítines, y decir "primero los pobres" con cara de santo. Es un carnaval, pero con chequera.

Los contratos llueven como maná del cielo. Rehabilitación de carreteras que nunca se rehabilitan, construcción de centros comunitarios que nunca se construyen, capacitación de funcionarios que nunca se capacitan, estudios de factibilidad para proyectos que nunca se hacen. Pero se factura todo. Se cobra todo. Y se reparte todo.

¿Te explico cómo funciona? Llega un proyecto de "mejoramiento de infraestructura educativa rural" por 50 millones. Yo cotizo 30 millones para hacerlo bien. Pero presupuesto 50 porque "hay que considerar imprevistos". De esos 50, me quedo con 20, le doy 10 al funcionario que me dio el contrato, 5 al que firmó la autorización, y con los 15 restantes hago una obra de 5 millones que se ve bonita en las fotos pero que se cae en dos años.

¿Y sabes qué es lo más cabrón? Que cuando se cae la obra, me dan otro contrato para "rehabilitarla". Es el negocio perfecto: construir mal para volver a construir. Y todo con la bendición presidencial.

Porque este presidente es un genio del marketing. Cada mañana sale a hablar contra la corrupción mientras nosotros, detrás, nos llenamos los bolsillos. Es brillante. Un espectáculo diario para mantener entretenidos a los pendejos que todavía creen en la honestidad. Y nosotros, los que sabemos cómo funciona el mundo, haciendo lo que siempre se ha hecho, solo que ahora sin tantos intermediarios.

¿Que soy un lacayo? ¿Un incondicional? ¿Un lambiscón? Claro que sí. Pero soy un lambiscón rico. Y ser rico te da una dignidad que los pobres honrados nunca van a entender.

Antes, para conseguir un contrato gubernamental necesitabas palancas en Los Pinos, contactos en Hacienda, y un currículum impecable. Ahora necesitas una foto con el presidente, un perfil de Facebook defendiendo la Cuarta Transformación, y decir "neoliberalismo" cada cinco minutos. Es democrático, ¿no?

¿Que el país se está cayendo a pedazos? Perfecto. Cuando todo está roto, cualquier pendejo con martillo se vuelve indispensable. Más caos, más

contratos de "reconstrucción". Más emergencias, más presupuestos extraordinarios. Más crisis, más oportunidades de meter la mano.

¿Que los hospitales no tienen medicinas? Yo tengo acciones en laboratorios. ¿Que las escuelas se caen? Yo tengo empresa constructora. ¿Que no hay seguridad? Yo tengo empresa de seguridad privada. ¿Qué falta agua potable? Yo vendo plantas purificadoras. Este desastre es mi mina de oro.

Y lo mejor: todo legal. Bueno, casi todo. Los contratos están firmados, los proyectos están autorizados, las facturas están selladas. Si hay algún problema, siempre se puede echar la culpa al gobierno anterior, al neoliberalismo, a los conservadores, a los que "no quieren que el país progrese".

¿Que esto no es lo que prometieron en campaña? ¿Y quién en su sano juicio cree en las promesas de campaña? Esto no va de ideales, va de oportunidades. Y en esto, este gobierno es el mejor que hemos tenido. Porque por primera vez, los mediocres como yo tenemos chance de volvernos ricos.

¿Escrúpulos? Los escrúpulos son para los que no tienen hipoteca que pagar. ¿Ética? La ética es para los que no tienen hijos en escuelas privadas. ¿Patriotismo? El patriotismo es para los que no tienen cuentas en el extranjero.

Yo no hago política, yo hago negocios. Y mientras más se joda el país, más negocio hay. Mientras más crisis haya, más contratos de emergencia. Mientras más se pelee el presidente con todos, más necesita aliados incondicionales como yo.

Por eso aplaudo. Aplaudo como si me pagaran por hacerlo. Porque de alguna forma, me pagan. Y mientras los idealistas discuten si el país se va al carajo, yo ya tengo asegurado mi lugar en el bote salvavidas.

Con chaleco dorado y una maleta llena de billetes.

¿Que soy un hijo de puta? Sí. Pero soy un hijo de puta próspero. Y en este país de pendejos, eso es lo que cuenta.

Así que salud, por la Cuarta Transformación. La transformación de mi cuenta bancaria, se entiende.

El Criminal Intocable

¿Que por qué estoy con el gobierno? Porque por primera vez en décadas, tengo un presidente que entiende el negocio. Que no se mete donde no debe. Que sabe cuál es su lugar y cuál es el mío.

Antes, cada sexenio era un puto calvario. Llegaba el nuevo gobierno y había que empezar de cero: renegociar territorios, cambiar uniformes, mandar "saludos" a los nuevos funcionarios, explicarles cómo funcionan las cosas. Siempre había algún pendejo que se creía valiente y quería "limpiar" su estado. Esos no duraban mucho, obviamente. Pero era desgastante.

Ahora no. Ahora hay continuidad. Paz laboral, como le dicen los empresarios. El presidente entendió desde el principio que este país tiene dos gobiernos: el que aparece en televisión y el que realmente controla las calles. Y decidió ser inteligente.

No me malinterpretes. Yo no soy sicario. Esos son los empleados. Yo soy administrador. Ejecutivo. Coordino operaciones, manejo logística, cuido inversiones. Dirijo un negocio que mueve más dinero que muchas empresas del Fortune 500. Solo que mi empresa no cotiza en bolsa, no paga impuestos, y no anda pidiendo permisos para operar.

¿Que desaparecen miles al año? ¿Que las extorsiones se multiplicaron? ¿Qué controlamos territorios más grandes que algunos países europeos? Todo eso es cierto. Pero no es mi culpa. Es oferta y demanda, hermano. La gente quiere drogas, nosotros se las proporcionamos. La gente no quiere pagar impuestos, nosotros cobramos cuotas. El gobierno no puede dar seguridad, nosotros vendemos protección. Es economía básica.

Y este presidente lo entiende. Por eso ya no habla de "guerra contra el narco". Esa era una pendejada de Calderón que solo sirvió para desestabilizar el mercado y generar violencia innecesaria. Ahora hablamos de "pacificación", de "diálogo", de "causas profundas". Es más civilizado.

¿Aplaudo al presidente? Claro que sí. Nos ha dado el regalo más valioso que puede dar un político: indiferencia. No nos busca bronca, no nos declara enemigos, no nos exhibe en televisión. Nos deja trabajar. Y cuando hay que trabajar con las autoridades, ya sabemos cómo hacerlo.

¿Qué militarizó el país? Perfecto. Los militares entienden las jerarquías, respetan los acuerdos, no andan de héroes. Con ellos se puede negociar. Los civiles son más complicados, siempre quieren quedar bien con la prensa, siempre andan de moralistas. Los militares son pragmáticos.

Y lo mejor: mientras el presidente se pelea con los periodistas, con los jueces, con los empresarios, con los médicos, con los académicos... a nosotros nos deja en paz. Sin reflectores. Sin operativos. Sin guerra mediática.

Nosotros hemos llegado a un acuerdo no escrito con el Estado: ustedes gobiernan la retórica, nosotros administramos la realidad. Ustedes dan discursos, nosotros cobramos impuestos. Ustedes prometen seguridad, nosotros la proporcionamos. Es una división del trabajo muy eficiente.

¿Qué somos criminales? Esa es una palabra muy fea. Nosotros somos empresarios no regulados. Prestamos servicios que el Estado no puede o no quiere proporcionar. Somos la economía informal llevada a su máxima expresión. Somos el libre mercado sin distorsiones gubernamentales.

¿Qué matamos gente? Sí. Pero solo por motivos de negocio. No matamos por gusto, matamos por necesidad. Para mantener el orden, para proteger la inversión, para disciplinar el mercado. Es violencia empresarial, no violencia gratuita.

Y este gobierno lo entiende. Por eso ya no habla de "combatir el crimen organizado". Ahora habla de "atender las causas de la violencia". Que se traduce en: "déjenlos trabajar tranquilos y ellos se van a autorregular". Es más inteligente.

Controlamos alcaldías, financiamos campañas, movemos electores, cuidamos casillas. Somos parte del sistema democrático. Somos stakeholders, como dicen los gringos. Y después de las elecciones, cobramos. Es normal.

¿La ley? ¿La justicia? Conceptos abstractos. Lo que vale es el poder real, el control territorial, la capacidad de resolver problemas. Y en eso, nosotros somos más eficientes que cualquier gobierno.

¿Que el país vive con miedo? El miedo es orden. El miedo es disciplina. El miedo es respeto. Donde nosotros mandamos, no hay marchas, no hay protestas, no hay desorden. Hay paz. Una paz impuesta, pero paz al fin.

Por eso estoy con la Cuarta Transformación. Porque nos ha dado legitimidad. Nos ha incluido en el proyecto nacional. Ya no somos "el enemigo a vencer", somos "el pueblo armado". Ya no somos "criminales", somos "víctimas del sistema neoliberal".

Es poesía pura.

Mientras ellos hablen de "abrazos, no balazos", nosotros administramos tanto los abrazos como los balazos. Es la división perfecta del trabajo.

Yo no necesito reconocimiento público. No necesito aparecer en fotografías oficiales. No necesito medallas ni condecoraciones. Solo necesito que me dejen trabajar. Y este gobierno me lo ha concedido.

¿Que soy un criminal? Soy un criminal próspero. Y en este país, eso es lo que cuenta. Porque al final, todos somos criminales. Unos roban con corbata, otros robamos con pistola. Unos matan con decretos, otros matamos con balas. Unos destruyen con políticas, otros destruimos con violencia.

La diferencia es que yo soy honesto sobre lo que hago.

Y por eso me respetan. Por eso me temen. Por eso me necesitan.

Y por eso aplaudo. Porque este presidente entendió que en México no se puede gobernar contra nosotros. Solo se puede gobernar con nosotros.

Y eso, hermano, es sabiduría política.

El Ignorante Televisivo

¿Que por qué aplaudo? Porque por primera vez en mi pinche vida alguien me está diciendo que valgo. Que existo. Que importo. Y aunque no entienda ni madres de lo que dice, me gusta cómo lo dice.

Mira, yo no soy pendejo. Bueno, sí soy pendejo, pero no tanto. Sé que no sé. Sé que no entiendo de economía, de política, de esas cosas complicadas que hablan los que estudiaron. Pero también sé que esos cabrones que

saben tanto nunca me pelaron. Nunca me dijeron que yo importaba. Nunca me hablaron directo.

Este presidente sí. Me habla todas las mañanas. A mí. Aunque esté en pijama desayunando, aunque no haya terminado la primaria, aunque trabaje de albañil o vendiendo tacos. Me habla como si fuera su compadre. Como si me conociera. Como si supiera lo que pienso antes de que yo mismo lo piense.

¿Que no entiendo sus explicaciones? ¿Que habla de puras mamadas que no tienen sentido? ¿Que sus números no cuadran? ¡Y qué! Tampoco entendía cuando hablaba Peña Nieto, pero ese cabrón me hacía sentir estúpido. Este me hace sentir importante. Me hace sentir que estamos juntos en esto.

¿Sabes qué es lo que más me gusta? Que odia a los mismos que yo odio. A los fifís. A los que se creen mucho. A los que hablan bonito pero no hacen nada por nosotros. A los que nos ven feo en el supermercado. A los que se cambian de banqueta cuando nos ven llegar. A los que nos tratan como si fuéramos invisibles.

Ahora resulta que esos cabrones que toda la vida me despreciaron, ahora son "la oposición". Ahora son "los conservadores". Ahora son "los neoliberales". Y mi presidente los chinga todos los días. Los exhibe. Los humilla. Los hace quedar como pendejos. Y yo, desde mi casa, aplaudo como si estuviera en el estadio.

¿Que el país está peor? A mí me vale madres. Yo ya estaba jodido antes. Pero ahora estoy jodido con dignidad. Estoy jodido pero con voz. Estoy jodido pero respaldado por el presidente. Y eso, hermano, no tiene precio.

¿Que no hay medicinas? Pues no había antes tampoco. Pero ahora al menos me dan la explicación. Me dicen que es culpa de los corruptos de antes. Me dicen que ya están arreglando. Me dicen que tenga paciencia. Y yo tengo paciencia. Tengo la paciencia de los que nunca hemos tenido nada que perder.

¿Qué hay más violencia? Puede ser. Pero ahora sé que no es culpa del presidente. Es culpa del neoliberalismo. Es culpa de los conservadores. Es culpa de los que "no quieren que el país progrese". Y yo ya sé quiénes son los malos. Ya tengo enemigos claros. Ya sé a quién echarle la culpa.

Antes, cuando todo estaba de la chingada, yo no sabía por qué. Ahora sí. Ahora tengo explicaciones. Ahora tengo a quien culpar. Ahora tengo un bando. Y mi bando es el del pueblo. El de los buenos. El de los que sí queremos el cambio.

¿Qué me manipulan? ¿Qué me usan? ¿Que soy un títere? ¡Y qué! Prefiero ser títere del pueblo que esclavo de los ricos. Prefiero que me manipule alguien que me toma en cuenta a que me ignoren los que se creen superiores.

Además, yo ya estoy despierto. Ya sé distinguir entre las noticias buenas y las malas. Las buenas son las que defienden al presidente. Las malas son

las que lo atacan. Es muy fácil. Y ya sé qué periódicos leer, qué canales ver, qué YouTubers seguir. Los que dicen la verdad. Los que están con nosotros.

¿Qué Leo Zuckermann es un pendejo? Sí. ¿Qué Loret de Mola es un fifí? Sí. ¿Qué Reforma y El Universal son periódicos conservadores? Sí. Ya lo sé. Me lo explicaron. Y ahora ya no los veo, ya no los leo, ya no los escucho. Porque son la mafia del poder. Son los que no quieren que cambie nada.

¿Que AMLO dice puras pendejadas? A lo mejor. Pero son mis pendejadas. Son pendejadas que me incluyen. Son pendejadas que me hacen sentir parte de algo. Y eso es más de lo que me habían dado en 50 años de vida.

¿Que sus datos son falsos? ¿Que sus gráficas no cuadran? ¿Que sus cifras están maquilladas? No me importa. Yo no soy contador. Yo no soy economista. Yo no soy analista. Yo soy pueblo. Y el pueblo no necesita datos. El pueblo necesita esperanza. Y esperanza es lo que me da.

¿Que los hospitales se caen? ¿Que las escuelas no tienen maestros? ¿Que no hay gasolina? ¿Que la economía está valiendo madres? Todo eso puede ser cierto. Pero ahora tengo a quien culpar. Y tengo a quien defender. Y tengo una razón para seguir adelante.

Porque este presidente es MÍO. Es el presidente que yo elegí. Es el presidente que me parece. Es el presidente que habla como yo. Es el presidente que piensa como yo. Es el presidente que odia a los mismos que yo. Es el presidente que me defiende cuando me atacan.

Y si lo atacan, me están atacando a mí. Y si lo critican, me están criticando a mí. Y si lo quieren tumbar, me quieren tumbar a mí. Por eso lo defiendo. Por eso aplaudo. Por eso grito. Por eso comparto. Por eso me enojo con los que lo critican.

¿Que soy un fanático? Sí. ¿Que soy un borrego? Sí. ¿Que soy un pendejo útil? Sí. Pero soy un pendejo útil que por primera vez en su vida se siente útil. Y eso, cabrón, es más de lo que me habían dado todos los presidentes anteriores juntos.

¿Que el país se va al carajo? Pues que se vaya. Yo ya estaba en el carajo desde antes. Pero ahora estoy en el carajo con compañía. Estoy en el carajo con respaldo. Estoy en el carajo con identidad.

Y mientras los intelectuales discuten, mientras los analistas critican, mientras los fifís se quejan, yo aplaudo. Aplaudo porque soy parte de algo. Aplaudo porque pertenezco. Aplaudo porque existo.

Y aunque todo se vaya a la mierda, aunque el país se desplome, aunque seamos el hazmerreír del mundo, yo voy a seguir aplaudiendo. Porque este presidente es el único que me ha hecho sentir que no soy basura.

Y eso, hermano, no se paga con nada.

Por eso aplaudo. Porque me dieron lo que nunca tuve: la sensación de que importo. Aunque sea mentira. Aunque sea teatro. Aunque sea pura manipulación.

Me dieron protagonismo en mi propia miseria. Y eso es lo más parecido a la dignidad que he tenido en mi vida.

¿Que soy un imbécil? Soy un imbécil aplaudido. Y eso es mejor que ser un imbécil ignorado.

El Resentido Vengador

¿Aplaudo? Sí. Y con gusto. Porque cada palmada mía es una bofetada al pasado. Cada grito de "¡Que viva!" es un "¡Que te jodan!" a todos los que me pisotearon.

Durante décadas, vi cómo los de arriba se burlaban de nosotros. Con sus trajes caros, sus discursos engolados, sus apellidos rimbombantes y sus estudios en el extranjero. Nos llamaban "los de abajo", como si fuéramos otra especie. Como si no pensáramos. Como si no sintiéramos. Como si no recordáramos.

Y ahora, por fin, los veo temblar. Los veo incómodos. Los veo preocupados. Los veo haciendo cola para que los reciba el presidente. Los veo rogando que no los mencione en la mañanera. Los veo poniéndose corbatas moradas para demostrar lealtad. Y eso, créeme, me da más vida que todas las promesas de campaña juntas.

No me importa si este gobierno no sabe gobernar. Lo que me importa es que los que se creían dueños del país ahora tienen que tragarse su arrogancia. ¿Que las cosas van mal? ¿Qué hay más pobreza, más violencia, más desorden? Tal vez. Pero ahora es nuestro desorden. Nuestra pobreza. Nuestra tragedia. No la que ellos nos dejaban como limosna, sino la que elegimos en las urnas. Y eso ya es una forma de justicia.

Yo nunca fui pobre de espíritu, pero siempre fui invisible. Estudié en escuelas públicas sin pizarras mientras ellos mandaban a sus hijos a colegios privados. Comí tortillas duras mientras ellos se burlaban del precio del aguacate en sus programas de televisión. Caminé kilómetros para tomar un camión mientras ellos salían en coche blindado con escoltas pagados con nuestros impuestos. Y cuando levantaba la voz, me decían que era un "resentido".

Pues sí. Lo soy. ¿Y qué?

Resiento cada humillación. Cada vez que me llamaron "naco" por no saber pronunciar "sushi". Cada vez que me cerraron una puerta por no hablar "bonito". Cada vez que un juez blanco favoreció al hijo del patrón. Cada vez que me dijeron que el país iba bien... cuando yo sabía que no iba para mí. Cada vez que dijeron que "había que esperar" mientras ellos se llenaban los bolsillos.

Resiento que me hayan hecho invisible durante 70 años del PRI y 12 años de PAN. Que me hayan usado como extra en sus campañas y luego me mandaran a la chingada hasta la siguiente elección. Que me hayan prometido el cielo y la tierra para después explicarme que "la economía no permite" darme lo que merezco.

Resiento que me hayan hecho sentir agradecido por las migajas. Que me hayan convencido de que yo era el problema. Que me hayan dicho que si no progresaba era porque no me esforzaba lo suficiente. Que me hayan culpado de mi propia pobreza mientras ellos se repartían el país como si fuera su hacienda familiar.

Por eso estoy con este gobierno. Porque aunque sea torpe, es nuestro. Porque aunque mienta, nos habla en nuestro idioma. Porque aunque falle, por lo menos está de este lado de la historia. Del lado de los que fuimos pisoteados, escupidos, olvidados.

Aplaudo porque me siento parte de una venganza. Una venganza legítima. Una revancha contra siglos de desprecio. No me importa si el Tren Maya no se termina. No me importa si Dos Bocas no produce una gota. No me importa si la inflación me revienta el salario. Mientras vea a los intelectuales lloriqueando porque les quitaron el presupuesto, mientras vea a los jueces nerviosos, a los empresarios rogando que no los mencione el presidente... yo aplaudo.

Porque no es solo política. Es poesía. Es la poesía de la venganza popular.

¿Que destruyen las instituciones? ¿Cuáles instituciones? ¿Las que nunca me defendieron? ¿Las que siempre le dieron la razón al que tenía dinero? ¿Las que me decían que esperara mi turno mientras otros se colaban? Que se jodan esas instituciones. Que las destruyan todas. A ver si así aprenden lo que se siente estar indefenso.

¿Que atacan a los periodistas? ¿A cuáles periodistas? ¿A los que nunca contaron mi historia? ¿A los que me trataban como estadística? ¿A los que hablaban de "los pobres" como si fuéramos una plaga? ¿A los que se indignaban más por un perro maltratado que por un niño desnutrido? Que se jodan también. Que sientan lo que es ser señalados. Que sientan lo que es ser hostigados. Que sientan lo que es tener miedo.

¿Que persiguen a los opositores? Perfecto. Toda mi vida me persiguieron a mí. Me persiguió la pobreza, me persiguió la humillación, me persiguió la desesperanza. Ahora que se siente ser perseguido. Ahora que entiendan lo que es vivir con miedo. Ahora que prueben su propia medicina.

Claro que hay errores. Claro que hay corrupción. Pero ahora el corrupto se apellida como yo. Se viste como yo. Dice "compañero" como yo. Viene de dónde vengo yo. Y eso está bien. Porque si van a robar, que robe alguien que me entienda. Si van a mentir, que mienta alguien que conoce mi lenguaje. Si van a joder al país, que lo joda alguien que por lo menos me reconoce como parte del país.

¿Qué es lo mismo con diferente color? No, no es lo mismo. Antes robaban y además me despreciaban. Ahora roban pero me incluyen. Antes mentían y además me hacían sentir culpable. Ahora mienten pero me hacen sentir víctima. Antes me jodían y además me decían que era por mi bien. Ahora me joden pero me explican que es culpa de otros.

Es diferente. Y esa diferencia vale la pena.

¿Reconciliación nacional? ¿Unidad? Eso es lo que decían cuando ellos ganaban. "Hay que ser tolerantes", decían. "Hay que perdonar", decían. "Hay que seguir adelante", decían.

Ahora que ganamos nosotros, piden diálogo. Ahora que tienen miedo, quieren paz. Ahora que perdieron privilegios, hablan de democracia.

No, señor. Primero que se traguen lo que sembraron. Que caminen por el lodo que nos dejaron. Que sientan en carne propia lo que sembraron durante décadas. Luego, tal vez, hablamos.

¿Que están destruyendo la democracia? ¿Cuál democracia? ¿La que me daba a elegir entre el ladrón de derecha y el ladrón de centro? ¿La que me prometía cambios y me daba más de lo mismo? ¿La que me decía que mi voto valía igual que el del rico, cuando sabía que el rico compraba votos y yo solo tenía el mío?

Que destruyan esa democracia. Que la quemen. Que la hagan pedazos. Y sobre sus cenizas, que construyan algo que sí me incluya. Algo que sí me tome en cuenta. Algo que sí me respete.

¿Que soy un vengativo? Sí. ¿Que soy un resentido? Sí. ¿Que soy un rencoroso? Sí. Y me enorgullezco de serlo. Porque el rencor es la única memoria que nos queda a los pobres. El resentimiento es la única justicia que hemos conocido. La venganza es la única revolución que hemos podido hacer.

Y si eso me convierte en un mal mexicano, que así sea. Prefiero ser un mal mexicano vengativo que un buen mexicano humillado. Prefiero ser un mal mexicano que cobra facturas pendientes que un buen mexicano que perdona ofensas imperdonables.

Así que sí, aplaudo. Y no por ciego. Aplaudo porque tengo memoria. Aplaudo porque tengo cuenta pendiente. Aplaudo porque por primera vez en mi vida, veo a los que me humillaron sintiéndose humillados.

Veo a los que me despreciaron sintiéndose despreciados. Veo a los que me ignoraron suplicando atención.

Y esta vez, no pienso olvidar. Esta vez, no pienso perdonar. Esta vez, no pienso "seguir adelante" hasta que todos los agravios sean cobrados. Hasta que todas las humillaciones sean vengadas. Hasta que todos los desprecios sean devueltos con intereses.

Porque esto no es solo un cambio de gobierno. Es una revolución de los humillados. Es el desquite de los olvidados. Es la venganza de los invisibles.

Y yo, que fui humillado, olvidado e invisible durante 50 años, no voy a desaprovechar esta oportunidad. No voy a desperdiciar esta revancha. No voy a soltar esta venganza.

Que tiemble quien tenga que temblar. Que pague quien tenga que pagar. Que sufra quien tenga que sufrir.

Ya tuvieron su tiempo. Ya disfrutaron su poder. Ya se divirtieron con nuestra miseria.

Ahora es nuestro turno. Y no vamos a ser generosos. No vamos a ser magnánimos. No vamos a ser nobles.

Vamos a ser exactamente lo que ustedes fueron con nosotros: despiadados.

La diferencia es que nosotros tenemos razones. Ustedes solo tenían codicia.

Por eso aplaudo. Porque cada aplauso es un clavo más en el ataúd del México que me despreciaba. Porque cada grito de apoyo es una lápida más sobre la tumba del país que me ignoraba. Porque cada voto que doy es una bala más en el corazón del sistema que me humillaba.

Y mientras tenga vida, mientras tenga voz, mientras tenga manos para aplaudir, voy a seguir cobrando. Voy a seguir vengando. Voy a seguir desquitando.

Porque la venganza, hermano, es un plato que se come frío. Y yo llevo décadas esperando a que se enfríe.

Ahora, por fin, ha llegado la hora de la cena.

El Burócrata Tembloroso

Yo no siempre estuve de acuerdo. Al principio, la verdad, tenía mis dudas. Veía las decisiones absurdas, los recortes sin sentido, los despidos por "falta de lealtad", las reuniones donde nadie podía opinar, donde solo había que asentir. Pero aprendí. No a pensar diferente, no. Aprendí a callar. Y más importante: aprendí a sobrevivir.

¿Y qué querías que hiciera? ¿Levantar la voz? ¿Renunciar con dignidad? ¿Denunciar las irregularidades? ¿Para qué? ¿Para quedarme sin empleo, con dos hijos en la escuela y la hipoteca encima? ¿Para volver al desempleo a los cincuenta y tantos, con un título que ya a nadie le importa en un país donde la lealtad vale más que la competencia?

No. Preferí aplaudir. Y con cada aplauso, vendí un pedacito de mi alma. Pero al menos conservé mi quincena.

Calladito me veo más útil. Y más vivo. Aprendí a decir que sí con convicción fingida. Aprendí a usar las palabras del nuevo lenguaje oficial: "transversalidad", "pueblo bueno", "transformación", "neoliberalismo corrupto", "mafia del poder". Palabras que repito como mantras sin pensar en su significado, porque pensar duele y no paga.

Aprendí a ir a las reuniones donde todos le dan vueltas al presidente como si fuera el sol y nosotros planetitas agradecidos por recibir su luz. Aprendí a llenar formatos sin preguntar su propósito. Aprendí a fingir entusiasmo por proyectos que sé que fracasarán. Aprendí a sonreír cuando anuncian otra "gran transformación" que solo transformará más recursos públicos en humo.

No es que no me dé vergüenza. Claro que sí. Cuando me veo al espejo y recuerdo cómo empecé, cómo creía en el servicio público, en la eficiencia, en las políticas con base en evidencia. Antes hablábamos de indicadores,

de resultados, de metas claras, de evaluaciones. Ahora hablamos de obediencia. Y a veces... de fe ciega.

Antes los funcionarios se formaban por décadas, estudiaban las materias, conocían los expedientes. Ahora los puestos se reparten entre youtubers, actores de telenovelas y cualquier pendejo que tenga cuenta de Twitter y sepa insultar a la "mafia del poder". La experiencia se volvió sinónimo de corrupción. El conocimiento, síntoma de traición.

Pero luego pienso en el comedor escolar de mis hijos. En la medicina que necesita mi esposa. En los viernes de nómina. En las vacaciones pagadas. En el aguinaldo. En la pensión que tal vez, si Dios quiere y no me corren antes, podré cobrar. Y se me pasa la vergüenza. El estómago tiene muy poca moral.

He visto cosas que me dan náusea. Contratos millonarios asignados a cuates sin experiencia. Empresas fantasmas creadas para desviar recursos. Familiares del presidente colocados en puestos clave sin más mérito que el apellido. Órdenes verbales que nadie se atreve a firmar pero que todos acatan. Recursos destinados a proyectos absurdos que todos sabemos que fracasarán pero que nadie puede criticar.

He visto programas sociales convertidos en instrumentos de clientelismo. Padrones de beneficiarios inflados. Tarjetas de bienestar que llegan a muertos pero no a vivos. Censos amañados. Cifras maquilladas hasta el ridículo. Informes que parecen cuentos de hadas donde todo está perfecto y los únicos culpables de los problemas son "los conservadores".

He visto cómo inventamos métricas para que los desastres parezcan triunfos. Cómo llamamos "austeridad republicana" a la tacañería. Cómo rebautizamos la improvisación como "innovación". Cómo convertimos la ineptitud en "forma diferente de hacer las cosas".

Y también he visto cómo caen los que hablan más de la cuenta. Cómo los mudan de oficina, cómo los "invitan a renunciar", cómo de pronto los desaparecen de las listas y nadie pregunta por ellos. Aquí nadie cae por ineficiente. Solo por insubordinado. Solo por pensar. Solo por recordar que las cosas se podían hacer mejor.

He visto funcionarios con treinta años de experiencia sustituidos por influencers de veinte. Especialistas en salud reemplazados por curanderos. Economistas despedidos para contratar a charlatanes que explican la inflación con teorías conspirativas. Porque en este gobierno, la ignorancia es virtud y el conocimiento es sospechoso.

¿Y sabes qué es lo más triste? Que aplaudir se vuelve costumbre. Al principio lo haces por miedo, después por conveniencia, y al final... por reflejo. Como un perro bien entrenado. Como un adicto que necesita su dosis diaria de adulación para no sentir el síndrome de abstinencia que produce la honestidad.

En las mañaneras no oigo lo que se dice. Solo vigilo el momento en que todos aplauden para sumarme. Ya ni pienso. Solo no quiero desentonar.

Solo quiero sobrevivir. Solo quiero que no me señalen. Solo quiero pasar desapercibido entre la multitud de cómplices uniformados.

Aplaudo cuando el presidente dice que México está mejor que nunca mientras veo las cifras reales de pobreza. Aplaudo cuando presume la honestidad de su gobierno mientras veo cómo sus hijos viven como millonarios. Aplaudo cuando habla de austeridad mientras construye un palacio disfrazado de aeropuerto. Aplaudo cuando dice que respeta a la prensa mientras la hostiga todos los días.

Aplaudo porque he aprendido que en este país la verdad es un lujo que no me puedo permitir. He aprendido que la dignidad es un privilegio de los que pueden pagar el desempleo. He aprendido que la coherencia es una virtud de los que no tienen hijos que alimentar.

¿Me da rabia? Sí. Pero también me da alivio. Porque mientras aplaudo, nadie me voltea a ver. Nadie me acusa. Nadie me quita el escritorio. Nadie me pregunta qué opino. Nadie me pide que justifique lo injustificable. Solo me piden que aplauda. Y eso, en este infierno, es casi una bendición.

Sé que este gobierno es un desastre. Lo veo en los reportes que maquillamos. En las cifras que no cuadran. En los programas que no llegan. En las obras que no se terminan. En las promesas que no se cumplen. Sé que todo se está cayendo a pedazos. Pero a mí me toca estar bajo techo. Y mientras no se derrumbe del todo... yo sigo aquí.

He visto cómo este gobierno ha destruido décadas de construcción institucional. Cómo ha desmantelado organismos autónomos. Cómo ha politizado la justicia. Cómo ha militarizado la seguridad pública. Cómo ha convertido la pobreza en negocio electoral. Cómo ha hecho de la ignorancia una virtud y del conocimiento un crimen.

Pero también he visto cómo todos nos hemos ido adaptando. Cómo hemos aprendido a vivir en la mentira. Cómo hemos normalizado la mediocridad. Cómo hemos aceptado que los caprichos del presidente son más importantes que las necesidades del país. Cómo hemos interiorizado que cuestionar es traicionar.

He visto cómo mis compañeros, gente preparada y honesta, se han ido convirtiendo en zombis burocráticos. Cómo han aprendido a repetir las consignas sin pensar. Cómo han desarrollado esa sonrisa falsa que ponemos cuando nos obligan a celebrar los fracasos como si fueran triunfos.

Y lo más terrible: he visto cómo algunos ya no fingen. Cómo realmente han terminado por creer. Cómo la repetición constante de mentiras los ha convencido de que son verdades. Cómo el lavado de cerebro ha sido tan efectivo que ya no necesitan que los amenacen para ser sumisos. Ya lo son por convicción.

Yo todavía no llego a ese punto. Todavía sé que todo esto es una farsa. Todavía me duele. Todavía siento náuseas cuando tengo que aplaudir alguna estupidez monumental. Pero también sé que cada día que pasa es

un día menos que puedo resistir. Cada día que pasa, se me vuelve más fácil aplaudir. Más natural. Más automático.

¿Y sabes qué es lo que más me aterra? Que mis hijos me vean así. Que crezcan pensando que su padre es un cobarde. Que aprendan que la integridad se puede vender por un sueldo. Que normalicen la traición a los propios principios como algo necesario para sobrevivir.

Pero luego pienso: ¿qué les voy a dar de comer si renuncio? ¿Principios? ¿Dignidad? ¿Congruencia? Los principios no pagan la renta. La dignidad no compra medicinas. La congruencia no paga colegiaturas.

Así que sigo aquí. Aplaudiendo. Mintiendo. Fingiendo. Sobreviviendo. Esperando que esto termine pronto. Esperando que el país despierte. Esperando que alguien más valiente que yo diga lo que todos sabemos pero nadie se atreve a decir.

Mientras tanto, sigo aplaudiendo. Por miedo. Por rutina. Por necesidad. Por cobardía. Por desesperación. Por la simple y terrible razón de que no sé hacer otra cosa.

Porque en este régimen de pacotilla, los únicos que sobreviven son los que aplauden. Los que preguntan, desaparecen. Los que piensan, se van. Los que critican, se joden.

Y yo, que tengo familia que mantener y una vida que sostener, prefiero ser un zombi bien alimentado que un héroe muerto de hambre.

Por eso aplaudo. No por convicción. No por amor. No por esperanza.

Aplaudo por pura y simple supervivencia.

Y cada noche, cuando llego a casa y abrazo a mis hijos, me pregunto si todavía queda algo de mí que valga la pena salvar. Si todavía soy su padre o solo soy otro títere más del régimen.

Pero mañana tengo que volver a la oficina. Tengo que volver a fingir. Tengo que volver a aplaudir.

Y así, día tras día, aplauso tras aplauso, voy muriendo un poquito más por dentro.

Pero por lo menos, muero con sueldo.

El Periodista Cooptado

Aplaudo, sí, pero cada palmada es una bofetada a mi conciencia. Cada grito de apoyo es un epitafio a la profesión que creí que ejercía. Cada vez que levanto las manos para aplaudir, siento cómo se me van cayendo los principios por entre los dedos como arena fina.

Llevo treinta años en este oficio. Treinta años creyendo que mi trabajo era ser el perro guardián de la democracia, el cuarto poder, el contrapeso del poder político. Qué pendejo fui. Qué ingenuo. Qué románticamente estúpido.

Porque resulta que no soy el cuarto poder. Soy el cuarto de servicio. No soy el perro guardián. Soy el perro faldero. No soy el contrapeso. Soy el peso muerto que arrastra la conciencia de una profesión que se vendió al mejor postor.

¿Y sabes qué es lo más jodido? Que me vendí barato. Que no costó millones corromperme. Me bastó con un poquito de acceso, un poquito de protagonismo, un poquito de miedo y un poquito de comodidad. Me compraron con migajas y me siento como si me hubieran pagado en oro.

Antes, cuando llegaba a las conferencias de prensa, hacía preguntas. Preguntas de verdad. Preguntas que incomodaban. Preguntas que exigían respuestas. Ahora llego, me siento, saco mi grabadora y espero a que me digan qué pensar. Espero a que me dicten la línea editorial. Espero a que me den el guión del día.

Y cuando por error se me escapa una pregunta real, cuando por descuido se me sale el periodista que fui, me miran con esa mezcla de decepción y advertencia que te dice: "Compañero, no se pase de la raya". Y yo, como perro regañado, agacho la cabeza y vuelvo a mi papel de comparsa.

Me he convertido en un ventrílocuo al revés. No soy yo quien habla por el muñeco. Es el muñeco quien habla por mí. Y el muñeco dice lo que el titiritero quiere que diga.

¿Investigación periodística? ¿Qué es eso? Ahora mi trabajo es recibir la información oficial, cambiarle tres palabras para que no se note el copy-paste, y publicarla con mi nombre. Soy un procesador de textos humano. Un traductor de mentiras oficiales a mentiras "independientes".

Cuando llegó este gobierno, pensé que las cosas cambiarían. Que por fin tendríamos un presidente que respetara la libertad de prensa. Que por fin podríamos hacer nuestro trabajo sin temor a represalias. Qué idiota fui. Qué ciegos estábamos todos.

Resulta que este gobierno no odia la libertad de prensa. Simplemente la redefinió. Libertad de prensa es estar libres de la responsabilidad de informar. Libertad de prensa es estar libres de la obligación de investigar. Libertad de prensa es estar libres de la carga de decir la verdad.

Ahora tenemos libertad de prensa para alabar. Libertad de prensa para aplaudir. Libertad de prensa para repetir consignas. Libertad de prensa para ser voceros sin sueldo del gobierno.

Y lo más perverso es que lo hacemos "voluntariamente". Nadie nos pone una pistola en la cabeza. Nadie nos amenaza directamente. Simplemente nos hacen entender que hay consecuencias. Que hay formas de hacerte la vida imposible sin tocarte un pelo.

Te quitan la publicidad oficial. Te sacan de la lista de invitados a eventos. Te bloquean el acceso a fuentes. Te mencionan en la mañanera como parte de la "mafia del poder". Te convierten en enemigo del pueblo bueno. Te cancelan socialmente. Te destruyen profesionalmente. Todo sin violencia física. Todo muy civilizado. Todo muy legal.

Y entonces aprendes. Aprendes que el miedo es un maestro muy efectivo. Aprendes que la censura más efectiva es la autocensura. Aprendes que la mejor mordaza es la que te pones tú mismo.

Aprendes a escribir entre líneas. Aprendes a omitir información. Aprendes a suavizar críticas. Aprendes a disfrazar elogios de análisis. Aprendes a convertir la propaganda en periodismo.

Me he vuelto experto en el arte del eufemismo. Ya no digo "fracaso", digo "resultado diferente al esperado". Ya no digo "mentira", digo "versión alternativa de los hechos". Ya no digo "corrupción", digo "irregularidades administrativas". Ya no digo "incompetencia", digo "curva de aprendizaje".

Tengo un diccionario mental donde cada palabra dura tiene su equivalente suave. Cada crítica tiene su versión light. Cada denuncia tiene su versión políticamente correcta. Cada verdad tiene su versión amigable al régimen.

Y lo más enfermo es que ya no sé dónde termina el periodista y dónde empieza el propagandista. La línea se ha difuminado tanto que ya no existe. Me he convertido en un híbrido: mitad informador, mitad desinformador. Mitad perro guardián, mitad perro faldero. Mitad profesional, mitad prostituto.

Porque eso es lo que soy: un prostituto intelectual. Alguien que vende su capacidad de análisis al mejor postor. Alguien que arrienda su credibilidad a cambio de acceso. Alguien que hipoteca su conciencia a cambio de seguridad.

¿Y sabes qué es lo más grotesco? Que me he vuelto adicto a la adulación oficial. Que necesito las palmaditas en el hombro de los funcionarios. Que busco la aprobación del poder. Que me emociono cuando me felicitan por un artículo "comprensivo" con el gobierno.

Me he convertido en un yonqui de la aprobación oficial. Necesito mi dosis diaria de reconocimiento del poder para sentirme importante. Para sentirme valorado. Para sentirme vivo.

Cuando escribo algo crítico, me sudan las manos. Cuando escribo algo elogioso, me relajo. Mi sistema nervioso se ha condicionado para buscar la comodidad de la complacencia y huir del estrés de la confrontación.

He desarrollado una esquizofrenia profesional. En público, soy el periodista independiente, el analista objetivo, el comunicador comprometido con la verdad. En privado, soy el cooptado, el comprado, el vendido. En público, tengo principios. En privado, tengo precio.

Y mis colegas, los que aún conservan algo de dignidad, me miran con esa mezcla de desprecio y lástima que se reserva para los traidores. Me han borrado de sus grupos de WhatsApp. Me han excluido de sus conversaciones. Me han enviado al limbo de los profesionales sin credibilidad.

Pero yo me consuelo diciéndome que estoy siendo "realista". Que estoy siendo "pragmático". Que estoy siendo "inteligente". Que no tiene sentido ser un mártir de la libertad de prensa si al final nadie te va a recordar.

Me digo que alguien tiene que mantener los canales de comunicación abiertos. Que alguien tiene que conservar cierto grado de acceso. Que alguien tiene que ser el puente entre el gobierno y la sociedad. Que ese alguien puedo ser yo.

Pero en las noches, cuando me quedo solo con mi conciencia, sé que son puras mentiras. Sé que no soy un puente. Soy una alcantarilla. No soy un canal de comunicación. Soy un canal de desagüe por donde fluye la mierda oficial hasta llegar a la opinión pública.

Sé que no estoy informando. Estoy desinformando. No estoy educando. Estoy adoctrinando. No estoy sirviendo a la democracia. Estoy sirviendo a la tiranía.

Y lo más patético es que lo hago gratis. Nadie me paga por ser cómplice. Nadie me da un sueldo por ser vocero. Nadie me compensa por ser traidor. Lo hago por puro miedo. Por pura cobardía. Por pura conveniencia.

Soy un colaboracionista sin causa. Un vendido sin comprador. Un títere sin titiritero visible. Me manipulo yo mismo. Me censuro yo mismo. Me prostituyo yo mismo.

He visto cómo este gobierno ha destruido el periodismo mexicano. No solo con balas, como los gobiernos del pasado. También con caricias. Con promesas. Con amenazas veladas. Con exclusiones sutiles. Con castigos elegantes.

Han convertido las conferencias de prensa en espectáculos circenses donde los periodistas somos los payasos. Donde las preguntas están ensayadas y las respuestas son monólogos. Donde la información es propaganda y la propaganda es información.

He visto cómo han cooptado a mis colegas uno por uno. Cómo los han ido comprando con acceso, con exclusivas, con viajes, con reconocimientos. Cómo han convertido la sala de prensa en un harén de egos masculinos necesitados de aprobación presidencial.

He visto cómo han logrado que nosotros mismos seamos los censores. Que nosotros mismos seamos los que decidamos qué información publicar y cuál omitir. Que nosotros mismos seamos los que eliminemos las aristas incómodas de nuestros reportes.

Y lo más brillante: han logrado que sintamos que somos libres. Que creamos que estamos haciendo periodismo independiente. Que pensemos que nuestras decisiones son nuestras. Cuando en realidad somos esclavos que se creen libres. Prisioneros que se creen vigilantes.

Miro a mis colegas en las conferencias de prensa y veo zombis. Veo autómatas. Veo personas que perdieron la capacidad de pensar críticamente. Que perdieron la habilidad de hacer preguntas incómodas. Que perdieron el instinto de investigar.

Nos hemos convertido en una especie de ganado intelectual. Nos arrean hacia las conferencias. Nos alimentan con información procesada. Nos

ordeñan para que produzcamos artículos favorables. Y cuando ya no servimos, nos mandan al matadero de la irrelevancia.

¿Y sabes qué es lo más triste? Que mis hijos me ven en televisión aplaudiendo. Que creen que su padre es un periodista respetado. Que piensan que trabajo para informar al público. Que imaginan que soy una persona íntegra.

No saben que cada vez que me ven en pantalla, estoy actuando. Que cada vez que me escuchan en radio, estoy mintiendo. Que cada vez que leen mis artículos, están consumiendo propaganda disfrazada de periodismo.

Y cuando crezcan y se den cuenta de lo que realmente hice, de lo que realmente fui, de lo que realmente representé, van a sentir la misma vergüenza que siento yo ahora. Van a cargar con la misma culpa que cargo yo ahora. Van a heredar la misma deshonra que voy a dejarles.

Por eso aplaudo. No por convicción. No por admiración. No por esperanza.

Aplaudo por cobardía. Aplaudo por conveniencia. Aplaudo por costumbre. Aplaudo por miedo. Aplaudo por supervivencia.

Aplaudo porque soy un periodista que perdió el periodismo. Un comunicador que perdió la comunicación. Un profesional que perdió la profesión.

Aplaudo porque soy lo que queda cuando le quitas la dignidad al periodismo. Cuando le quitas la valentía a la comunicación. Cuando le quitas los principios a la profesión.

Aplaudo porque soy el cadáver de lo que fui. El fantasma de lo que pude ser. La sombra de lo que debería haber sido.

Y cada aplauso es un clavo más en el ataúd de la libertad de prensa. Cada palmada es una lápida más en el cementerio del periodismo independiente. Cada grito de apoyo es un epitafio más en la tumba de la verdad.

Pero sigo aplaudiendo. Porque ya no sé hacer otra cosa. Porque ya no soy otra cosa. Porque ya no queda otra cosa de mí.

Soy un periodista cooptado. Un comunicador comprado. Un profesional prostituido.

Y lo más terrible es que lo hice yo mismo. Nadie me obligó. Nadie me forzó. Nadie me amenazó directamente.

Simplemente me ofrecieron un camino más fácil. Y yo, como el cobarde que soy, lo tomé.

Ahora ya no hay vuelta atrás. Ya no hay redención posible. Ya no hay manera de recuperar lo que perdí.

Solo me queda seguir aplaudiendo. Hasta que se me cansen las manos. Hasta que se me acabe la voz. Hasta que se me termine la vida.

Porque en este régimen de pacotilla, los periodistas cooptados vivimos más tiempo que los periodistas honestos.

Y yo, que tengo familia que alimentar y deudas que pagar, preferí la longevidad a la dignidad.

Preferí la supervivencia a la verdad.

Preferí la complicidad a la valentía.

Por eso aplaudo. Porque soy todo lo que está mal con el periodismo mexicano. Porque soy la prueba viviente de que el poder no necesita matar periodistas para destruir el periodismo. Le basta con corromperlos.

Le basta con convertirnos en lo que soy yo: un aplauso con patas. Un eco con micrófono. Una mentira con credencial de prensa.

Un periodista sin periodismo. Un comunicador sin comunicación. Un profesional sin profesión.

Un zombi con vergüenza… pero un zombi.

El Despolitizado Mimético

Aplaudo, claro que sí. Porque aplaudir es lo que se espera, ¿no? Cuando todos aplauden, yo también aplaudo. No soy de los que se meten en líos ni en debates complicados. La política me queda grande, y la verdad, prefiero no saber demasiado. Mejor me concentro en lo mío, en la tele, en la familia, en las redes.

Pero no creas que soy pendejo. Sé perfectamente que está todo jodido. Sé que los programas sociales no llegan. Sé que la inseguridad está peor que nunca. Sé que la gasolina está carísima. Sé que no hay medicinas en los hospitales. Sé que los precios están por las nubes y que mi sueldo ya no alcanza para nada.

Solo que prefiero no pensar en eso. Prefiero creer que son cosas que pasan solas, que no tienen que ver conmigo, que no son mi responsabilidad. Prefiero fingir que si no me meto en política, la política no se mete conmigo. Qué pendejada, ¿verdad? Pero es más cómodo.

Aplaudo porque es más fácil seguir la corriente que nadar contra ella. Porque cuestionar implica informarse, e informarse implica pensar, y pensar implica darme cuenta de que soy parte del problema. Y eso no me gusta. Prefiero ser víctima que cómplice. Prefiero creer que soy neutral que admitir que soy un cobarde.

¿El presidente dice que ya no hay corrupción? Pues yo aplaudo. ¿Dice que México está mejor que nunca? Pues yo aplaudo. ¿Dice que los conservadores tienen la culpa de todo? Pues yo aplaudo. No porque le crea, sino porque aplaudir es más fácil que pensar.

La verdad es que me da hueva investigar si lo que dice es cierto o no. Me da hueva leer noticias más allá de los titulares. Me da hueva contrastar información. Me da hueva formarme una opinión propia. Es más cómodo que alguien más piense por mí y yo simplemente aplauda.

Y cuando veo que los que sí saben, los que sí se informan, los que sí entienden, están divididos, pues prefiero no meterme. Unos dicen que es el

mejor presidente de la historia, otros que es el peor. Unos dicen que estamos en el paraíso, otros que estamos en el infierno. ¿Cómo voy a saber quién tiene razón? Mejor aplaudo y ya.

Aplaudo porque he aprendido que la ignorancia es una forma de protección. Mientras no sepa qué tan jodido está todo, puedo seguir viviendo tranquilo. Mientras no entienda las consecuencias de lo que está pasando, puedo seguir durmiendo bien. Mientras no me responsabilice de nada, puedo seguir culpando a otros.

He perfeccionado el arte de la indiferencia selectiva. Veo las noticias, pero no las proceso. Escucho los discursos, pero no los analizo. Leo los memes, pero no investigo si son ciertos. Vivo en una burbuja de información superficial que me permite estar "informado" sin estar realmente enterado.

Y cuando alguien me pregunta qué opino del gobierno, yo contesto con frases hechas que escuché en algún lado: "Todos los políticos son iguales", "El problema es de años", "Hay que darle tiempo", "Por lo menos no es como antes". Frases que no dicen nada pero que me permiten salir del apuro sin comprometerme.

Aplaudo porque he convertido la pereza intelectual en una filosofía de vida. He hecho de la ignorancia deliberada una forma de resistencia. He transformado la apatía en una postura política. Y lo más cómodo es que puedo decir que no tengo la culpa de nada porque yo "no me meto en política".

Pero la verdad es que sí me meto. Me meto cada vez que aplaudo sin saber por qué. Me meto cada vez que repito consignas sin entenderlas. Me meto cada vez que me dejo manipular por la propaganda. Me meto cada vez que elijo la comodidad sobre la verdad.

Mi apatía es una forma de militancia. Mi ignorancia es una forma de colaboración. Mi indiferencia es una forma de complicidad. Porque en una democracia, no participar es una forma de participar. No elegir es una forma de elegir. No opinar es una forma de opinar.

Y lo más patético es que me siento orgulloso de mi "neutralidad". Me siento superior a los que se involucran. Me siento más inteligente que los que se comprometen. Me siento más maduro que los que se indignan. Como si la apatía fuera una virtud y la ignorancia una sabiduría.

He desarrollado una sofisticada capacidad de autoengaño. Me he convencido de que mi desinterés es filosofía. De que mi pereza es prudencia. De que mi cobardía es sensatez. De que mi conformismo es madurez.

Cuando veo las manifestaciones en la televisión, cambio de canal. Cuando escucho debates políticos, subo el volumen de la música. Cuando alguien me quiere explicar qué está pasando en el país, finjo que tengo algo urgente que hacer. Porque no quiero contaminarme con información que me pueda hacer pensar.

He construido un búnker mental donde solo entra la información que confirma mis prejuicios. Donde solo llegan las noticias que me permiten seguir siendo el mismo. Donde solo se cuelan las verdades que no me obligan a cambiar.

Y cuando la realidad se mete a la fuerza en mi burbuja, cuando los problemas tocan a mi puerta, cuando la crisis llega a mi casa, yo me refugio en la negación. "Son cosas que pasan", me digo. "No es culpa de nadie", me repito. "Así es la vida", me consuelo.

Aplaudo porque he aprendido que la realidad es negociable. Que la verdad es opcional. Que la responsabilidad es transferible. Que siempre hay alguien más a quien culpar. Que siempre hay una excusa para no hacer nada.

He visto cómo mis vecinos pierden el empleo, pero yo aplaudo cuando el presidente dice que nunca habíamos tenido tanto trabajo. He visto cómo suben los precios, pero yo aplaudo cuando dice que la inflación está controlada. He visto cómo empeora la inseguridad, pero yo aplaudo cuando dice que estamos más seguros que nunca.

Y cuando me confrontan con las contradicciones, yo respondo con el manual del despolitizado: "Bueno, pero tampoco está tan mal", "Por lo menos está intentando", "Imagínate si fuera el otro", "Todos mienten", "Qué se le va a hacer".

Tengo una respuesta para cada incongruencia. Una justificación para cada fracaso. Una excusa para cada mentira. Una racionalización para cada absurdo. Porque mi trabajo no es entender la realidad, sino hacerla soportable.

Me he convertido en un experto en el arte de la trivialización. Todo lo convierto en "cosas que pasan". Todo lo reduzco a "así es la vida". Todo lo minimizo con "no es para tanto". Todo lo normalizo con "siempre ha sido igual".

Y cuando veo que otros se organizan, que otros protestan, que otros exigen, yo los veo con una mezcla de envidia y desprecio. Envidia porque quisiera tener su valor. Desprecio porque me recuerdan mi cobardía. Pero sobre todo, me dan miedo. Porque si ellos tienen razón, entonces yo estoy equivocado. Y eso no lo puedo aceptar.

Prefiero creer que los que se involucran son extremistas. Que los que se preocupan son alarmistas. Que los que exigen son radicales. Porque si ellos son normales, entonces yo soy anormal. Y mi identidad está construida sobre la base de mi supuesta normalidad.

He hecho de la mediocridad una bandera. De la conformidad una filosofía. De la resignación una virtud. De la apatía una forma de vida. Y lo más triste es que me siento cómodo así.

Aplaudo porque he aprendido que la ignorancia es felicidad. Que la indiferencia es paz. Que la apatía es libertad. Que la irresponsabilidad es comodidad. Que la cobardía es supervivencia.

Y cuando mis hijos me pregunten por qué no hice nada cuando el país se caía a pedazos, yo les diré lo mismo que me digo ahora: "Yo no me metía en política". Como si eso fuera una justificación. Como si eso fuera una excusa. Como si eso fuera una absolución.

Pero la verdad es que sí me metí. Me metí del lado de los que destruyeron el país. Me metí del lado de los que permitieron que todo se viniera abajo. Me metí del lado de los que eligieron la comodidad sobre la responsabilidad.

Por eso aplaudo. No por convicción. No por admiración. No por esperanza. Aplaudo por pereza. Aplaudo por cobardía. Aplaudo por conveniencia. Aplaudo por ignorancia.

Aplaudo porque soy el ciudadano perfecto para este régimen de pacotilla. El ciudadano que no pregunta, que no exige, que no participa, que no se involucra. El ciudadano que se conforma con migajas y que agradece los insultos.

Aplaudo porque soy la prueba viviente de que la democracia puede morir sin que nadie se dé cuenta. Porque la democracia no muere con balas. Muere con aplausos. Muere con indiferencia. Muere con ignorancia. Muere con ciudadanos como yo.

Ciudadanos que prefieren la comodidad de la mentira a la incomodidad de la verdad.

Ciudadanos que eligen la facilidad de la ignorancia sobre la dificultad del conocimiento. Ciudadanos que optan por la tranquilidad de la apatía sobre la responsabilidad de la participación.

Soy el enemigo silencioso de la democracia. El saboteador pasivo de la libertad. El cómplice involuntario de la tiranía. El colaborador inconsciente de la destrucción.

Y lo más terrible es que somos millones como yo. Millones que aplaudimos sin saber por qué. Millones que seguimos sin entender hacia dónde. Millones que aceptamos sin cuestionar qué.

Somos la mayoría silenciosa que con nuestro silencio grita su complicidad. Somos la masa crítica que con su acriticidad permite que todo se desmorone. Somos el pueblo bueno que con su bondad permite que prolifere la maldad.

Por eso aplaudo. Porque soy parte del problema que finjo no ver. Porque soy responsable de lo que pretendo que no me incumbe. Porque soy culpable de lo que me niego a reconocer.

Aplaudo porque soy el México que se rinde sin luchar. El México que se vende sin siquiera pedir precio. El México que se destruye con tal de no hacer el esfuerzo de construirse.

El México que prefiere aplaudir a pensar. Que prefiere obedecer a decidir. Que prefiere conformarse a exigir.

Y mientras tenga manos para aplaudir, seguiré haciéndolo. Porque ya no sé hacer otra cosa. Porque ya no soy otra cosa. Porque ya no queda otra cosa de mí.

Soy un aplauso sin cerebro. Un eco sin voz. Una sombra sin cuerpo. Un ciudadano sin ciudadanía.

Un despolitizado que con su despolitización hace la política más sucia. Un neutral que con su neutralidad elige el lado más perverso. Un indiferente que con su indiferencia marca la diferencia más terrible.

La diferencia entre un país que se salva y un país que se hunde. Entre una democracia que vive y una democracia que muere. Entre un futuro que se construye y un futuro que se destruye.

Y yo, con mis aplausos vacíos, estoy del lado de los que hunden, matan y destruyen.

Sin saberlo. Sin quererlo. Sin admitirlo.

Pero haciéndolo.

El Fanático Mesiánico

Yo no lo sigo... yo lo venero. Y el que no lo entiende es porque tiene el corazón podrido por el neoliberalismo.

No es lo mismo seguir que adorar. Cualquier pendejo sigue: por conveniencia, por moda, por pereza mental. Pero adorar... adorar es reconocer en un mortal la manifestación de lo sagrado. Es ver en sus palabras la verdad que trasciende la realidad. Es creer no solo en lo que dice, sino en lo que representa: la redención de un pueblo humillado durante siglos.

Yo lo vi desde el primer día. Mientras los fifís se burlaban de sus pausas, de sus repeticiones, de su manera de abuelo cansado, yo vi al profeta. A un hombre que no necesita teleprompter porque habla desde el alma. Que no gobierna con algoritmos ni estadísticas, sino con amor. ¿Qué importa que tartamudee a veces, si cada palabra suya es un bálsamo para los desposeídos?

Me preguntan si no veo los problemas. Claro que los veo. Veo la sangre en las calles, los hospitales sin medicinas, las escuelas que se caen, los feminicidios, la inflación que nos revienta, la corrupción que sigue igual o peor. Pero también veo algo que los ciegos no pueden ver: veo el dolor de un país que está pariendo una nueva realidad. Los dolores de parto siempre son terribles, pero después... después viene la vida nueva.

¿Qué hay más muertos que con Calderón? Sí... ¿Y qué? También había muertos con Peña, con Fox, con todos los anteriores. La diferencia es que ahora los muertos son parte del proceso de transformación. Antes morían para que los ricos siguieran siendo ricos. Ahora mueren para que nazca un México nuevo. Es doloroso, sí, pero es necesario. Toda revolución cobra sus víctimas.

Los conservadores no entienden eso. Quieren Excel, gráficas, números fríos. Yo quiero verdad. Quiero justicia histórica. Quiero que por fin alguien les diga "fifís" a los fifís y "pueblo" al pueblo. Que abrace, aunque no siempre solucione. Que prometa, aunque no siempre cumpla. Que diga "primero los pobres", aunque a veces parezca que están hasta atrás. Porque la fe mueve montañas, y este presidente tiene fe.

¿Que las obras no funcionan? No importan los resultados materiales. Son símbolos. El AIFA es símbolo de soberanía, aunque lleguen tres vuelos al día. Dos Bocas es símbolo de independencia energética, aunque cueste el triple y produzca la mitad. El Tren Maya es símbolo de justicia indígena, aunque destruya la selva y desplace comunidades. No tienen que ser eficientes; tienen que ser sagrados. Y lo son.

Cada mañana me levanto y enciendo la televisión para escuchar la palabra del presidente. Es mi ritual. Mi liturgia diaria. Cuando él habla, yo escucho como se escucha al padre, al abuelo, al sacerdote del pueblo. A veces no entiendo lo que dice, pero entiendo lo que quisiera decir. Y lo que quiere decir es más grande que las palabras, más profundo que la lógica. Él nos transmite su sentir, aunque sea un gobernante inepto.

Los críticos viven de la duda. Nosotros vivimos de la fe. Y la fe, hermano, no se negocia. No se cuestiona. No se mide con encuestas ni con estadísticas. La fe se siente en el corazón, se vive en el alma, se defiende con la vida.

¿Que mintió sobre el aeropuerto? ¿Que cambió de opinión sobre la reforma eléctrica? ¿Que prometió cosas que no cumplió? Sí... ¿Y qué? Los profetas no mienten, los profetas reinterpretan la realidad según las necesidades del momento. Porque la verdad superior no es la verdad de los hechos, sino la verdad del corazón.

Yo prefiero creer en una mentira que me dignifica que aceptar una verdad que me humilla. Prefiero una ilusión que me hace sentir parte de algo grande que una realidad que me convierte en número, en estadística, en dato.

Si señalan la corrupción de este gobierno, yo señalo la corrupción de todos los anteriores. Si hablan de los muertos, yo hablo de los muertos de siempre. Si critican las obras, yo critico las obras que nunca se hicieron. Porque mi presidente no es perfecto, pero es nuestro. Y eso es lo que importa: que por primera vez en décadas, tenemos un presidente que se parece a nosotros, que sufre como nosotros, que odia a los mismos que odiamos nosotros.

¿Que el país se está desmoronando? Que se desmorone. Pero que se desmorone con dignidad. Con un presidente que no se arrodilla ante los poderosos, que no habla inglés en las reuniones internacionales, que no se avergüenza de ser mexicano hasta los huesos.

Aplaudo porque él es mi redentor. Porque con él aprendí que la política no es administración, es resistencia. No es eficiencia, es dignidad. No es progreso, es justicia. Aunque esa justicia sea lenta, aunque esa dignidad cueste sangre, aunque esa resistencia nos lleve al abismo.

Si él cae, todo lo que creo se derrumba. Y eso no lo voy a permitir. Porque yo no voté por un gobierno. Voté por una fe. Y la fe, cuando es verdadera, se defiende hasta el martirio.

Que me llamen fanático. Que me llamen ciego. Que me llamen pendejo. Me vale madre. Yo sé lo que vi en sus ojos el día que llegó al poder: vi la esperanza. Y aunque esa esperanza se esté convirtiendo en pesadilla, yo la voy a defender.

Porque sin fe, solo queda la desesperanza. Y yo prefiero morir creyendo que vivir dudando.

Por eso aplaudo. Por eso grito. Por eso defiendo. Hasta que se me acabe la voz. Hasta que se me acabe la vida.

Porque él no es solo mi presidente. Es mi salvador. Y los salvadores, hermano, no se abandonan. Se siguen hasta el final.

Aunque ese final sea el infierno.

El Pragmatista del Desastre

Aplaudo, sí, pero sin ilusiones ni entusiasmo barato. Sé que esto es un desastre y que la cosa va para peor, pero también sé que quejarse no paga las cuentas ni llena el refrigerador. No espero cambios milagrosos ni justicia divina. Lo que espero es mantener mi lugar, hacer que esto funcione lo mejor posible para mí y los míos. Si eso significa aplaudir mientras se cae el edificio, pues aplaudo. No soy de los que se mueren por principios cuando la vida se pone dura.

He visto cómo se desbaratan programas, cómo los proyectos se quedan a medias y cómo la corrupción es el pan de cada día. Pero también he aprendido que el que se pelea con el gobierno pierde, y el que se adapta sobrevive. Así que aplaudo porque es el mal menor. Porque mientras otros se desgastan en idealismos, yo hago cuentas, ajusto gastos y trato de no perder el empleo. Porque la realidad es esta: no hay héroes, ni salvadores, solo gente que resiste como puede.

Claro que me preocupa que la inflación me arrastre para abajo y que la inseguridad crezca, pero a gritos no se arregla nada. Mejor me concentro en mis opciones, en cuidar lo que tengo y esperar que, cuando todo esto se caiga, yo esté parado y no enterrado. Aplaudo con pragmatismo. No por amor al gobierno, sino porque sé que, en este desastre, la supervivencia es la verdadera victoria.

No me hago ilusiones sobre este régimen de pacotilla. Sé que el presidente es un narcisista autoritario que convirtió la democracia en un show de reality. Sé que sus conferencias matutinas son un circo mediático donde insulta a medio mundo mientras el país se desploma. Sé que sus políticas son improvisadas, que sus funcionarios son incompetentes y que su única estrategia es echarle la culpa a los gobiernos anteriores.

Pero también sé que llorar por la democracia perdida no me va a devolver el poder adquisitivo. Que indignarme por la destrucción institucional no me

va a bajar los precios de la gasolina. Que rasgarme las vestiduras por el retroceso del país no me va a conseguir medicinas para mi diabetes.

He aprendido a vivir en las grietas del sistema. A moverme entre los escombros de las instituciones. A encontrar oportunidades en el caos. A hacer negocios con la crisis. A convertir el desastre en ventaja personal.

Cuando cancelaron el aeropuerto, yo no me puse a llorar por los empleos perdidos. Me puse a averiguar qué terrenos se iban a valorizar alrededor del nuevo aeropuerto. Cuando cerraron las estancias infantiles, yo no me indigné por los niños desprotegidos. Me puse a calcular cuánto podría cobrar por cuidar niños en mi casa.

Cuando quitaron el seguro popular, yo no me deprimí por los enfermos desamparados. Me puse a investigar qué medicamentos se podrían conseguir más baratos del otro lado de la frontera. Cuando destruyeron la ciencia mexicana, yo no me lamenté por la investigación perdida. Me puse a pensar en qué oficios tradicionales iban a regresar por la falta de tecnología.

Soy un oportunista del apocalipsis. Un especulador de la decadencia. Un comerciante de la ruina. Y no me da vergüenza admitirlo. Porque mientras los idealistas se suicidan por la patria, yo le saco provecho a la tragedia.

He convertido la corrupción en una habilidad. La mordida en una herramienta. La transa en un arte. No porque sea corrupto por naturaleza, sino porque es la única manera de sobrevivir en un país donde la honestidad es un lujo que pocos pueden permitirse.

Cuando necesito un trámite, no voy con protestas de moralidad. Voy con billetes en la mano. Cuando requiero un permiso, no llego con discursos sobre la legalidad. Llego con la cantidad correcta para acelerar el proceso. Cuando busco una concesión, no argumento sobre la transparencia. Argumento sobre el beneficio mutuo.

He aprendido que en México hay dos tipos de personas: las que se adaptan al sistema y las que se joden por no adaptarse. Y yo decidí hace mucho tiempo de qué lado estar.

Veo a los opositores gritando en las marchas y me dan lástima. Gritando contra un gobierno que no los escucha. Protestando contra un sistema que los ignora. Peleando contra una realidad que no van a cambiar. Mientras tanto, yo estoy en mi casa, haciendo mis cuentas, planeando mi siguiente movimiento, adaptándome a las nuevas reglas del juego.

Porque las reglas han cambiado. Ahora la regla es que no hay reglas. Ahora la norma es que no hay normas. Ahora la ley es que no hay ley. Y el que no entiende eso, se queda atrás.

He visto cómo este gobierno ha destruido todo lo que tocó. El sistema de salud, la economía, la educación, la seguridad, el medio ambiente, las instituciones, la democracia misma. Pero también he visto cómo ha abierto nuevos nichos de oportunidad para los que sabemos aprovecharlos.

Cuando cerraron hospitales, se abrieron clínicas privadas. Cuando eliminaron programas sociales, se crearon organizaciones civiles. Cuando destruyeron empresas estatales, aparecieron negocios familiares. Cuando acabaron con la seguridad pública, florecieron las empresas de seguridad privada.

El desastre de unos es la oportunidad de otros. Y yo he decidido estar del lado de los que aprovechan, no del lado de los que sufren.

Me he vuelto experto en leer las señales del poder. En interpretar los caprichos del presidente. En anticipar los cambios de humor del régimen. En adivinar qué sector van a atacar después y cuál van a favorecer.

Tengo un radar para detectar hacia dónde va a soplar el viento político. Un instinto para olerle el miedo al poder. Una intuición para saber cuándo van a cambiar las reglas del juego.

Y cuando las cambian, yo ya estoy preparado. Cuando prohíben algo, yo ya tengo la alternativa. Cuando destruyen algo, yo ya tengo el reemplazo. Cuando castigan a alguien, yo ya me alejé de esa persona. Cuando premian a alguien, yo ya me acerqué a esa persona.

Soy un camaleón político. Un superviviente nato. Un adaptador profesional. Un oportunista de tiempo completo.

No tengo ideología. Tengo intereses. No tengo principios. Tengo objetivos. No tengo valores. Tengo precios. No tengo convicciones. Tengo conveniencias.

Y eso me ha permitido prosperar mientras otros naufragan. Crecer mientras otros se hunden. Avanzar mientras otros retroceden. Ganar mientras otros pierden.

He visto cómo los empresarios "decentes" se van a la quiebra por no querer jugar sucio. Cómo los políticos "honestos" terminan en la cárcel por no querer ser cómplices. Cómo los periodistas "íntegros" terminan marginados por no querer ser voceros.

Y he aprendido la lección. En México, la decencia es un estorbo. La honestidad es una desventaja. La integridad es un lastre. Los principios son un lujo. Los valores son una carga.

Por eso aplaudo. Porque aplaudir es rentable. Porque la adulación paga. Porque la complicidad conviene. Porque la cobardía es un buen negocio.

No aplaudo por convicción. Aplaudo por conveniencia. No aplaudo por admiración. Aplaudo por calculación. No aplaudo por esperanza. Aplaudo por estrategia.

Cada aplauso es una inversión. Cada grito de apoyo es un depósito en el banco de favores. Cada muestra de lealtad es un seguro contra la persecución. Cada demostración de adhesión es una póliza de protección.

He convertido la política en un negocio. El patriotismo en una empresa. La ciudadanía en una profesión. La democracia en una franquicia.

Y me va bien. Mejor que a los que se quedan con sus escrúpulos. Mejor que a los que se aferran a sus principios. Mejor que a los que se niegan a adaptarse.

Tengo casa propia, carro del año, hijos en escuelas privadas, seguro médico de primera, vacaciones en el extranjero. Todo gracias a que aprendí a navegar en las aguas turbias de este régimen.

Mientras otros se ahogan en sus idealismos, yo nado en mis pragmatismos. Mientras otros se hunden en sus valores, yo floto en mis intereses. Mientras otros se pierden en sus principios, yo me encuentro en mis conveniencias.

¿Que soy un cínico? Puede ser. ¿Que soy un oportunista? Seguramente. ¿Que soy un corrupto? Probablemente. ¿Que soy un traidor? Posiblemente.

Pero también soy un superviviente. Un ganador. Un exitoso. Un próspero. Un triunfador.

Y cuando todo esto se venga abajo, cuando este régimen de pacotilla se desplome, cuando esta casa de naipes se caiga, yo voy a estar parado sobre los escombros, contando mis ganancias, planeando mi siguiente movimiento, adaptándome a las nuevas circunstancias.

Porque ese es mi talento. Ese es mi don. Esa es mi especialidad. Esa es mi ventaja competitiva.

Soy el que sobrevive a todos los gobiernos. El que se adapta a todos los sistemas. El que prospera en todos los regímenes. El que gana en todas las crisis.

Por eso aplaudo. No por amor al gobierno, sino por amor a mí mismo. No por lealtad al sistema, sino por lealtad a mi familia. No por convicción política, sino por convicción personal.

Aplaudo porque es lo que me conviene. Porque es lo que me funciona. Porque es lo que me da resultados. Porque es lo que me permite seguir adelante.

Y seguiré aplaudiendo mientras me siga conviniendo. Dejaré de aplaudir cuando deje de convenirme. Cambiaré de bando cuando sea necesario. Me adaptaré a lo que venga.

Porque en este país de locos, el único cuerdo es el que se hace loco. En este país de corruptos, el único honesto es el que se hace corrupto. En este país de oportunistas, el único perdedor es el que se hace íntegro.

Yo decidí ser ganador. Cueste lo que cueste. Duela a quien le duela. Traicione a quien traicione.

Porque al final, los únicos que van a recordar mis traiciones son los que se van a morir por sus lealtades. Los únicos que van a juzgar mis corruptelas son los que se van a joder por sus honestidades. Los únicos que van a condenar mis oportunismos son los que se van a hundir por sus principios.

Y yo voy a seguir aquí. Vivo. Próspero. Exitoso. Adaptado. Superviviente.

Aplaudiendo al siguiente gobierno. Adulando al siguiente presidente. Corrompiéndome con el siguiente sistema. Traicionando a los siguientes idealistas.

Porque eso es lo que sé hacer. Eso es lo que me ha funcionado. Eso es lo que me ha dado resultados.

Soy el pragmatista del desastre. El oportunista del apocalipsis. El especulador de la decadencia. El comerciante de la ruina.

Y mientras México se desploma, yo me elevo. Mientras el país se hunde, yo emerjo. Mientras la nación se destruye, yo me construyo.

Sobre los cadáveres de los idealistas. Sobre las ruinas de los principios. Sobre los escombros de los valores. Sobre las cenizas de la dignidad.

Porque en México, como en todas partes, el pragmatismo siempre le gana al idealismo. El oportunismo siempre le gana a la integridad. La conveniencia siempre le gana a la convicción.

Y yo he decidido estar del lado de los que ganan. Cueste lo que cueste. Duela a quien le duela. Traicione a quien traicione.

Por eso aplaudo. Porque aplaudir es ganar. Porque la adulación es triunfar. Porque la complicidad es prosperar.

Y yo quiero ganar. Quiero triunfar. Quiero prosperar.

Aunque sea sobre los cadáveres de mis compatriotas. Aunque sea sobre las ruinas de mi país. Aunque sea sobre las cenizas de mi dignidad.

Porque la dignidad no paga renta. Los principios no compran comida. Los valores no educan hijos. La integridad no da seguridad.

Pero el pragmatismo sí. El oportunismo sí. La conveniencia sí. La adaptación sí.

Por eso aplaudo. Porque es lo que me conviene. Porque es lo que me funciona. Porque es lo que me permite seguir adelante.

En este régimen de pacotilla, con este gobierno de cuarta, en este país de mierda.

Que es el único país que tengo. El único gobierno que hay. El único régimen que existe.

Y con el que tengo que vivir. Al que me tengo que adaptar. Con el que me tengo que quedar.

Aplaudiendo. Siempre aplaudiendo. Eternamente aplaudiendo.

Hasta que se me cansen las manos. Hasta que se me acabe la vida. Hasta que se me termine el país.

Porque soy el pragmatista del desastre. Y este es mi desastre. Y esta es mi forma de sobrevivirlo.

Aplaudiendo.

El Mexicano Amenazado

Aplaudo con las manos temblorosas. No de emoción, sino de miedo. Porque sé que si no aplaudo, si no grito, si no demuestro suficiente entusiasmo, alguien va a tomar nota. Alguien va a hacer una lista. Alguien va a recordar que yo no estuve ahí, aplaudiendo como un perro entrenado, cuando se suponía que debía estar.

No soy de los que se sienten orgullosos de su cobardía. Sé exactamente lo que estoy haciendo y por qué lo hago. Aplaudo porque me amenazaron. Directa o indirectamente, pero me amenazaron. Y no con balas, como en los viejos tiempos. Con algo mucho más sofisticado: con la cancelación de mi existencia civil.

¿Tienes una empresa? Mejor que aplaudas, porque si no, la próxima visita de Hacienda va a ser muy minuciosa. ¿Trabajas para el gobierno? Mejor que aplaudas, porque si no, tu plaza puede ser "reubicada" o "reestructurada". ¿Tienes hijos en escuelas públicas? Mejor que aplaudas, porque si no, pueden tener problemas con sus becas o con sus maestros.

He visto cómo funciona este sistema de terror burocrático. Primero te estudian. Averiguan dónde trabajas, qué tienes, qué necesitas, a qué le temes. Después te hacen saber, de manera sutil pero inequívoca, que conocen tu vida. Y finalmente, te dan a elegir: o estás con nosotros, o estás contra nosotros. Y si estás contra nosotros, te vamos a joder la vida de manera perfectamente legal.

No necesitan matarte. No necesitan encarcelarte. No necesitan ni siquiera tocarte. Les basta con hacerte la vida imposible. Con convertir cada trámite en un calvario. Con transformar cada proceso en un infierno. Con volver cada gestión en una pesadilla.

¿Necesitas un permiso? Se va a tardar. ¿Requieres una licencia? Se va a complicar. ¿Buscas una autorización? Se va a extraviar. ¿Quieres un servicio? Se va a suspender. Y todo de manera perfectamente legal, perfectamente justificable, perfectamente normal.

Porque ese es el genio de este régimen de pacotilla. Ha convertido la venganza en administración. Ha transformado la persecución en burocracia. Ha vuelto el castigo en trámite. Ha hecho de la intimidación una política pública.

Y yo lo he vivido en carne propia. Cuando me atreví a criticar, cuando me aventé a cuestionar, cuando me permití dudar, de repente mi mundo se volvió muy complicado. Mi negocio empezó a tener "problemas" con los permisos. Mi familia comenzó a tener "dificultades" con los servicios. Mi vida se convirtió en un campo minado de "irregularidades" y "observaciones".

No me dijeron nada directamente. Nadie me amenazó de manera explícita. Nadie me advirtió de manera abierta. Pero el mensaje era claro: o te alineas, o te jodemos. Y yo, que tengo familia que alimentar y responsabilidades que cumplir, me alineé.

Me convertí en un aplauso a la fuerza. En un grito obligado. En una demostración de apoyo extorsionada. En una muestra de lealtad chantajeada.

Porque descubrí que en México hay dos tipos de ciudadanos: los que aplauden voluntariamente y los que aplauden involuntariamente. Y yo, que creía que tenía opción, descubrí que no la tenía. Que mi libertad era una ilusión. Que mi autonomía era una fantasía. Que mi independencia era una mentira.

He aprendido a leer las señales del poder. A interpretar los guiños de los funcionarios. A descifrar las indirectas de los burócratas. A entender los mensajes de los empleados gubernamentales. Porque todos forman parte del sistema de control. Todos son parte del mecanismo de presión. Todos son piezas del engranaje de intimidación.

Y el mensaje es siempre el mismo: "Sabemos quién eres. Sabemos dónde vives. Sabemos qué tienes. Sabemos qué necesitas. Y sabemos cómo joderte si no cooperas."

No hace falta que lo digan. Se sobreentiende. Está implícito. Forma parte del código no escrito de este régimen. Forma parte de las reglas no dichas de este sistema. Forma parte del manual no publicado de este gobierno.

He visto cómo han perfeccionado el arte de la intimidación institucional. Cómo han convertido cada oficina de gobierno en un centro de chantaje. Cómo han transformado cada dependencia en una máquina de extorsión. Cómo han vuelto cada trámite en una oportunidad de control.

Y lo más perverso es que lo hacen con una sonrisa. Con amabilidad. Con cortesía. Con educación. Te joden la vida mientras te dicen "buenos días". Te arruinan el negocio mientras te desean "que tenga buen día". Te destrozan la existencia mientras te agradecen "su comprensión".

Es una violencia elegante. Una agresión sofisticada. Una brutalidad educada. Una barbarie civilizada. Una tiranía con buenos modales.

He visto cómo han logrado que todos seamos cómplices de nuestra propia opresión. Cómo nos han convertido en los vigilantes de nosotros mismos. Cómo nos han transformado en los censores de nuestras propias opiniones. Cómo nos han vuelto los carceleros de nuestra propia libertad.

Porque el miedo es contagioso. Y cuando ves que a otros les va mal por no alinearse, tú te alineas. Cuando observas que a otros los joden por no cooperar, tú cooperas. Cuando contemplas que a otros los castigan por no someterse, tú te sometes.

Y así es como han construido este sistema de terror silencioso. Sin necesidad de campos de concentración. Sin necesidad de cárceles políticas. Sin necesidad de escuadrones de la muerte. Con la simple amenaza de hacerte la vida imposible.

Porque en México, hacerte la vida imposible es muy fácil. Basta con que un funcionario decida que tus papeles "no están en orden". Basta con que un

empleado determine que tu situación "requiere revisión". Basta con que un burócrata concluya que tu caso "necesita investigación".

Y entonces comienzas un viacrucis que puede durar meses, años, décadas. Un calvario de ventanillas, oficinas, dependencias, trámites, requisitos, documentos, sellos, firmas, autorizaciones, permisos, licencias, constancias, certificados, comprobantes.

Un laberinto kafkiano donde siempre falta un papel, donde siempre hay un requisito más, donde siempre existe una observación, donde siempre aparece una inconsistencia, donde siempre surge una irregularidad.

Y tú sabes que el único pecado que cometiste fue no aplaudir lo suficiente. No gritar lo necesario. No demostrar el entusiasmo requerido. No mostrar la lealtad exigida. No exhibir la sumisión demandada.

Por eso aplaudo. Porque he aprendido que en México la disidencia es un lujo que pocos pueden permitirse. Que la crítica es un privilegio que la mayoría no tiene. Que la oposición es una extravagancia que casi nadie puede costear.

Porque aquí no te matan por oponerte. Te matan en vida. Te convierten en un muerto viviente. Te transforman en un zombi burocrático. Te vuelven un fantasma administrativo.

He visto cómo han destruido a personas que se atrevieron a desafiar al sistema. No con balas, sino con trámites. No con golpes, sino con multas. No con cárceles, sino con clausuras. No con violencia física, sino con violencia burocrática.

He aprendido que este gobierno no gobierna. Chantajea. No administra. Amenaza. No dirige. Extorsiona. No conduce. Intimida. No lidera. Aterroriza.

Y lo hace de manera tan sofisticada que nadie puede acusarlo de nada. Porque técnicamente no están haciendo nada malo. Técnicamente están cumpliendo con la ley. Técnicamente están siguiendo los procedimientos. Técnicamente están aplicando las normas.

Y nosotros, los ciudadanos, nos hemos convertido en rehenes de nuestros propios trámites. En prisioneros de nuestras propias necesidades. En esclavos de nuestras propias dependencias.

Porque todos dependemos del gobierno para algo. Todos necesitamos del Estado para algún servicio. Todos requerimos de alguna institución para algún trámite. Y esa dependencia es lo que usan para controlarnos.

Y en cada dependencia hay una oportunidad de presión. En cada trámite hay una posibilidad de chantaje. En cada gestión hay una ocasión de intimidación. En cada proceso hay una oportunidad de extorsión.

Por eso aplaudo. Porque he entendido que en México no hay ciudadanos. Hay súbditos. No hay derechos. Hay concesiones. No hay libertades. Hay permisos. No hay garantías. Hay condiciones.

Porque no necesitan amenazar a todos. Basta con que amenacen a algunos. Basta con que castiguen a unos cuantos. Basta con que jodan a

unos pocos. Y el mensaje llega a todos los demás: "Esto te puede pasar a ti."

Y cuando mis hijos me pregunten por qué no hice nada cuando México se convirtió en una dictadura, yo les diré la verdad: "Porque me amenazaron. Y yo preferí someterme a resistir. Preferí sobrevivir a luchar. Preferí ser cómplice a ser víctima."

Porque ese es el dilema que nos han impuesto: o eres verdugo o eres víctima. O eres cómplice o eres perseguido. O eres colaborador o eres castigado. O eres sumiso o eres jodido.

Y yo elegí ser sumiso. Elegí ser cómplice. Elegí ser colaborador. Elegí ser verdugo. Porque no tuve el valor de elegir ser víctima.

Por eso aplaudo. Porque soy un cobarde que prefiere la vida a la dignidad. La supervivencia a la libertad. La seguridad a la valentía. La comodidad a la resistencia.

Aplaudo porque este régimen de pacotilla ha logrado hacer de la cobardía una virtud. Del sometimiento una sabiduría. De la sumisión una estrategia. De la complicidad una forma de supervivencia.

Y yo, que no quiero ser mártir, que no quiero ser héroe, que no quiero ser ejemplo, que no quiero ser recordado, he elegido ser olvidado. Ser uno más de la multitud que aplaude por miedo. Que grita por terror. Que demuestra lealtad por supervivencia.

Porque en México, los valientes se mueren. Los cobardes sobreviven. Los héroes desaparecen. Los cómplices prosperan. Los resistentes se joden. Los sumisos se salvan.

Y yo soy la demostración de que funciona. De que es efectivo. De que da resultados. De que logra su objetivo.

Porque estoy aquí. Aplaudiendo. Gritando. Demostrando lealtad. Exhibiendo sumisión. Manifestando subordinación.

No por convicción. No por admiración. No por esperanza. No por entusiasmo. No por alegría.

Sino por miedo. Por terror. Por intimidación. Por amenaza. Por chantaje. Por extorsión. Por presión. Por coacción.

Porque soy un mexicano amenazado. Y los mexicanos amenazados aplaudimos. Gritamos. Demostramos lealtad. Exhibimos sumisión. Manifestamos subordinación.

Porque no tenemos otra opción. Porque no hay otra alternativa. Porque no existe otra salida. Porque no queda otra posibilidad.

Solo aplaudir. Solo gritar. Solo demostrar. Solo exhibir. Solo manifestar.

Hasta que se nos cansen las manos. Hasta que se nos acabe la voz. Hasta que se nos termine el miedo. Hasta que se nos agote el terror.

Pero eso nunca va a pasar. Porque el miedo es eterno. El terror es permanente. La intimidación es constante. La amenaza es perpetua.

Y yo soy eterno. Permanente. Constante. Perpetuo.

Soy el mexicano amenazado que nunca deja de aplaudir. Que nunca deja de gritar. Que nunca deja de demostrar lealtad. Que nunca deja de exhibir sumisión.

Porque ese es mi destino. Esa es mi condena. Esa es mi maldición. Esa es mi tragedia. Ser un mexicano amenazado en un régimen de pacotilla. Ser un ciudadano aterrorizado en un gobierno de cuarta. Ser una persona intimidada en una administración del horror.

Hasta que la muerte nos separe. Hasta que la vida nos abandone. Hasta que el país nos olvide. Pero mientras tanto, sigo aquí. Aplaudiendo. Gritando. Demostrando. Exhibiendo. Manifestando. Porque soy un mexicano amenazado. Y los mexicanos amenazados nunca dejamos de aplaudir... Nunca.

Epílogo: La fe que mata

No fue un movimiento. Fue un credo.

No fue una transformación. Fue una transfiguración.

Y no fue un líder: fue un dios menor coronado con el aplauso de los desesperados.

La llamada Cuarta Transformación no cambió al país: lo evangelizó. Su mayor logro no fue abatir la corrupción, ni reducir la pobreza, ni traer justicia. Fue inocular una fe que reemplazó la razón, una lealtad que sustituyó la conciencia, una narrativa que anuló la memoria.

No importaron las cifras, ni las mentiras, ni los fracasos. Lo que importó fue la sensación de pertenecer. De tener un enemigo común. De aplaudir juntos mientras todo se derrumbaba. De creer —a pesar de todo, contra todo y contra todos— que por fin era "nuestro turno".

El fanatismo de la 4T no pidió pruebas: pidió obediencia. No exigió resultados: exigió devoción. No ofreció futuro: vendió redención. Y en ese trueque, el país entregó su dignidad, su institucionalidad, su verdad... a cambio de una ilusión fabricada en las mañaneras.

Al final, no fue la política lo que nos destruyó. Fue la necesidad desesperada de creer en algo. En alguien. En cualquier cosa que diera sentido al vacío.

Ese vacío hoy tiene nombre, tiene historia… y tiene aplausos.

¿Fin..?

Mensaje para los representantes de los distintos arquetipos

Y al final, no fue el dictador... No fue el líder mesiánico, ni el corrupto de manual, ni el cínico con banda presidencial.

Al final, ¡fuiste tú!

Tú que aplaudiste cuando sabías que mentía. Tú que gritaste cuando sabías que robaba. Tú que celebraste cuando sabías que mataba. Tú que defendiste cuando sabías que destruía.

Fuiste tú, el ciudadano común, el que eligió ser cómplice.

Este trabajo no describe un régimen. Describe un espejo. Y ese espejo eres tú, lector. Tú que ahora finges indignación leyendo estas líneas, pero que mañana volverás a aplaudir. Tú que te reconoces en cada página pero que prefieres pensar que habla de otros. Tú qué sabes exactamente de qué hablamos pero que seguirás fingiendo que no entiendes.

Porque la verdad más dolorosa no es que México tenga un mal gobierno. La verdad más dolorosa es que México tiene el gobierno que se merece.

Y se lo merece porque está lleno de gente como tú. Cobardes disfrazados de pragmáticos. Cómplices disfrazados de supervivientes. Traidores disfrazados de realistas.

Los personajes que aquí hablan no son ficción. Son tu familia. Son tus amigos. Son tus vecinos. Son tus colegas. Eres tú mismo.

Cada uno es una pieza del rompecabezas siniestro que formaste con tu silencio, con tu indiferencia, con tu complicidad, con tu cobardía.

¿Te duele leer esto? Bien. Debería dolerte.

Porque mientras tú aplaudías, torturaron periodistas. Mientras tú gritabas consignas, desaparecieron activistas. Mientras tú defendías al régimen, asesinaron a mujeres. Mientras tú justificabas la violencia, mataron a niños.

Y tú sabías. Siempre supiste. Pero elegiste no ver.

Elegiste la comodidad de la ignorancia voluntaria. Elegiste la tranquilidad de la complicidad silenciosa. Elegiste la seguridad de la cobardía organizada. Elegiste la conveniencia de la traición sistemática, para poder decir: "Yo sí sabía que esto estaba mal". Para poder afirmar: "Yo nunca estuve de acuerdo". Para poder mentir: "Yo no tuve la culpa".

Pero la tuviste. Y la sigues teniendo.

Porque cada día que no haces nada, eres cómplice. Cada día que no hablas, eres traidor. Cada día que no actúas, eres verdugo. Cada día que no resistes, eres asesino.

¿Crees que es muy duro? ¿Crees que es exagerado? ¿Crees que es injusto?

Pregúntale a las madres que buscan a sus hijos desaparecidos si es exagerado. Pregúntale a los periodistas amenazados si es injusto. Pregúntale a los activistas perseguidos si es duro. Pregúntale a las víctimas torturadas si es excesivo.

Ellos te dirán que no hay nada más duro que tu indiferencia. Ellos te dirán que no hay nada más injusto que tu silencio. Ellos te dirán que no hay nada más exagerado que tu complicidad. Ellos te dirán que no hay nada más excesivo que tu cobardía.

México no fue destruido por sus enemigos. México fue destruido por gente como tú.

Por los que prefirieron pertenecer a entender. Por los que eligieron aplaudir a pensar. Por los que decidieron obedecer a resistir. Por los que optaron por sobrevivir a vivir.

Y lo más patético es que ni siquiera lo hiciste por convicción.

Lo hiciste por miedo. Por pereza. Por conformismo. Por mediocridad. Lo hiciste porque era más fácil. Lo hiciste porque era más cómodo. Lo hiciste porque era más seguro. Lo hiciste porque eres un cobarde.

Un cobarde que ahora quisiera sentirse valiente. Un cobarde que ahora critica para sentirse honesto. Un cobarde que ahora se indigna para sentirse virtuoso. Un cobarde que ahora juzga para sentirse superior.

Pero sigues siendo un cobarde.

Y seguirás siendo un cobarde hasta que hagas algo. Hasta que actúes. Hasta que te plantes. Hasta que digas "ya basta".

Pero no lo harás. Porque los cobardes no cambian.

Los cobardes leen trabajos como este. Los cobardes critican gobiernos que ya se fueron. Los cobardes se indignan por tragedias que ya pasaron. Los cobardes juzgan a otros por cobardías que ellos mismos cometen.

¿Sabes cuál es la diferencia entre un cobarde y un valiente?

El valiente tiene miedo, pero actúa. El cobarde tiene miedo, y no actúa.

¿Sabes cuál es la diferencia entre un cómplice y un resistente?

El resistente arriesga algo por defender sus principios. El cómplice traiciona sus principios por no arriesgar nada.

¿Sabes cuál es la diferencia entre un traidor y un patriota?

El patriota prefiere que lo odien por decir la verdad. El traidor prefiere que lo quieran por decir mentiras.

¿En qué categoría estás tú?

No respondas. No hace falta. Ya lo sabemos. Ya lo sabes. Ya lo sabe todo el mundo.

Eres un cobarde que se hace el valiente. Eres un cómplice que se hace el resistente. Eres un traidor que se hace el patriota. Eres un verdugo que se hace la víctima.

Y lo más triste es que podrías cambiar. Pero no lo harás.

Porque cambiar requiere valor. Y tú no tienes valor. Porque cambiar requiere sacrificio. Y tú no sacrificas nada. Porque cambiar requiere riesgo. Y tú no arriesgas nada. Porque cambiar requiere principios. Y tú no tienes principios.

Así que seguirás siendo lo que eres: un cobarde que aplaude.

Un cobarde que aplaude mientras el país se quema. Un cobarde que aplaude mientras la democracia se muere. Un cobarde que aplaude mientras la justicia se pudre. Un cobarde que aplaude mientras la verdad se entierra.

Y cuando todo se haya terminado, cuando ya no quede nada, cuando ya no haya país, tus hijos te preguntarán: "¿Por qué no hiciste nada, papá?"

Y tú les responderás lo mismo que les respondiste a tus padres cuando te preguntaron por qué no hiciste nada: "Porque era muy difícil." "Porque era muy peligroso." "Porque era muy complicado." "Porque era muy arriesgado."

Y tus hijos te verán como tú viste a tus padres: como un cobarde.

Un cobarde que tuvo la oportunidad de ser valiente, pero que eligió ser cómplice. Un cobarde que tuvo la posibilidad de ser héroe, pero que prefirió ser verdugo. Un cobarde que tuvo la oportunidad de ser libre, pero que decidió ser esclavo.

Y la historia te juzgará. No como víctima, sino como verdugo.

Porque las víctimas no aplauden a sus verdugos. Porque las víctimas no celebran a sus asesinos. Porque las víctimas no defienden a sus opresores. Porque las víctimas no justifican a sus torturadores.

Pero tú sí lo hiciste. Y lo sigues haciendo.

Así que no vengas a hacerte la víctima. No vengas a hacerte el indignado. No vengas a hacerte el sorprendido.

Mejor ven a hacerte responsable. Ven a hacerte cargo. Ven a hacerte adulto. Ven a hacerte ciudadano.

O sigue siendo lo que eres: un cobarde que aplaude.

Un cobarde que cree que critica para sentirse valiente, pero que no hace nada para ser valiente. Un cobarde que critica para sentirse honesto, pero que no hace nada para ser honesto. Un cobarde que se indigna para sentirse virtuoso, pero que no hace nada para ser virtuoso.

Un cobarde que aplaude mientras México se muere. ¿Seguirás aplaudiendo? ¿O por fin harás algo?

Tú decides...Pero recuerda: la historia no perdona a los cobardes...Y tú ya no tienes excusas para serlo.

A TODOS LOS VALIENTES...que sí están haciendo algo: ¡Gracias.

A los cobardes que no hacen nada: Vergüenza.

A los que están decidiendo qué hacer: Es hora de elegir.

El aplauso o la resistencia.
La cobardía o el valor.
La complicidad o la dignidad.
Elige bien.
Porque esta vez, la historia sí está tomando nombres.

FIN